

Orígenes de la diversidad de los movimientos de la clase obrera en la Europa del siglo xx

El ensayo clásico de David Lockwood «Los orígenes de la diversidad de las imágenes de la sociedad de la clase obrera» (1966) distinguía tres imágenes ideales-típicas de la sociedad existentes entre los trabajadores: la proletaria, la deferencial y la privatizada*. Lockwood nos recordaba en primer lugar la amplia variedad existente en las creencias de los trabajadores, desde los que cuentan con una conciencia de clase proletaria, pasando por los que tienen una imagen deferente y conservadora, consciente del estatus social, hasta las imágenes calculadoras, centradas en el consumo y que combinan varias categorías sociales de los trabajadores privatizados. Dicho recordatorio tuvo efectos positivos durante la década de 1960 y los sigue teniendo en la actualidad. Pero él continuó

* El presente ensayo fue preparado originalmente para una sesión de conferencias celebrada en honor de David Lockwood en la Universidad de Essex, del 18 al 20 de abril de 1995, con motivo de su jubilación. Mi trabajo debe mucho a los propios escritos de David Lockwood sobre la clase, pero aún más a su constante ejemplo e impulso para llevar a cabo una sociología que sea pertinente desde un punto de vista teórico, empírico, comparativo, histórico y sociopolítico. Asimismo debo agradecer a Perry Anderson y a John D. Stephens sus comentarios sobre los primeros borradores de este trabajo.

su estudio con el fin de identificar los orígenes de las tres imágenes. Desde un punto de vista decididamente antropológico, argumentó que dichas imágenes se derivaban de la intersección de las relaciones comunitarias y laborales de los individuos, ya que: «La mayoría de los hombres visualiza la estructura de clases de su sociedad desde los puntos de vista de sus propios entornos específicos, y sus percepciones de la sociedad considerada en su sentido más amplio variarán de acuerdo con sus experiencias acerca de la desigualdad social en las sociedades más pequeñas en las que viven sus vidas cotidianas». Las imágenes distintas de la sociedad existentes en la clase obrera se derivan de las diferentes interacciones comunitarias y laborales. Para Lockwood, las imágenes cuentan con vida propia en el plano microscópico, pero, evidentemente, no en el plano macroscópico¹.

En el presente artículo acepto la importancia que Lockwood otorga a la variedad de estas imágenes, al tiempo que continúo su estudio en la dirección opuesta, la del macroanálisis. Voy a explorar las imágenes que los trabajadores tienen de la sociedad examinando los movimientos rivales de masas que han pretendido conseguir el apoyo de los obreros europeos a lo largo del siglo xx. Debatiré los principales movimientos socialistas, anarcosindicalistas, liberales, conservadores y fascistas que han surgido en este siglo. En dichos debates resulta inevitable que el término «clase obrera» tienda a ser utilizado de dos formas distintas: como un conjunto de posiciones económicas –en este caso, claramente reflejadas en el trabajo manual (obreros manuales)– y como agente colectivo que se materializa, los movimientos de la clase obrera. La relación entre estas dos acepciones es el tema del presente ensayo.

Empezaré con el surgimiento del socialismo y del anarcosindicalismo. Esta cuestión constituye un terreno familiar sobre el que muchos han escrito. La mayoría de los historiadores y de los sociólogos de la clase obrera han asumido que ésta tenía una conexión integral con el socialismo, considerando, sin embargo, los movimientos conservadores y liberales como esencialmente «burgueses» o «pequeño burgueses». Por supuesto, ésta es la forma en la que los propios socialistas perciben la realidad del siglo xx. De forma sorprendente, los historiadores del liberalismo y del conservadurismo en cierto sentido se han mostrado de acuerdo, en la medida en que los han investigado no como movimientos sociales, sino como una política de salón de las elites sociales. Este ensayo pretende trazar los intentos conservadores de contrarrestar los movimientos izquierdistas con la movilización de masas. Se identifican tres estrategias de movilización de masas: religiosa, tecnocrática y nacionalista, y se analizan las subsiguientes luchas de entreguerras por la obtención del apoyo de la clase obrera. Terminaré mi análisis con los «ganadores» del período

¹ En una nota a pie de página, Lockwood subraya que las relaciones comunitarias y laborales no agotan la gama de variables pertinentes. En especial, él afirma que la movilidad social afecta a las imágenes de los trabajadores, aunque, de nuevo, esto se debe a la implicación de una experiencia personal directa de clase.

do posterior a 1945. Debido al espacio disponible, mi análisis es obligadamente somero².

Por lo tanto, voy a distanciarme de Lockwood en relación a cuatro aspectos. Mientras que sus imágenes eran tipos ideales, yo me centro en los movimientos sociales reales, y, por consiguiente, en las imágenes mezcladas y en cierta medida contradictorias poseídas por los actores reales y por los movimientos que buscaban el apoyo de las masas.

En segundo lugar, Lockwood escribía en una época en la que se podían caracterizar de forma plausible las imágenes proletaria y deferencial como «tradicionales», y la del trabajador privado como nueva. En mi análisis de los movimientos proletarios y deferenciales, se muestra que éstos no tenían un carácter «tradicional», sino que dichos movimientos se estuvieron formando y reformando a lo largo de todo el siglo xx. Y aunque no trato de encontrar la «privatización» en períodos anteriores, descubriré su penumbra ideológica de cálculo, de pragmatismo y de compromiso entre modelos de sociedad basados en el estatus y en la clase social. Mi objetivo al abordar un amplio arco histórico es el de realizar un seguimiento del surgimiento y de la caída de determinadas imágenes de la sociedad existentes en la clase obrera.

En tercer lugar, yo pretendo llevar a cabo la tarea a la que Lockwood renunció, es decir, deseo vincular el plano microscópico al plano macroscópico, analizar las interacciones entre los trabajadores, las redes sociales locales, los movimientos de masas y los procesos macrosociales. Teniendo en cuenta mis anteriores estudios, no debe sorprender que ponga el énfasis en el impacto de las organizaciones de poder económico, ideológico, militar y político sobre las imágenes de los trabajadores acerca de la sociedad.

En cuarto lugar, mi ámbito de estudio es Europa, mientras que el de Lockwood era fundamentalmente británico. Considerada desde una perspectiva comparativa e histórica, Gran Bretaña resulta un caso excepcional. Había más trabajadores británicos en la industria que en la agricultura en la época de la Batalla de Waterloo. Bélgica fue el siguiente país en alcanzar este nivel de industrialización, ¡en 1880! Gran Bretaña también combinaba unos progresos extraordinariamente tempranos y extraordinariamente lentos hacia la democracia política. La industrialización temprana produjo en Gran Bretaña el primer movimiento proletario con fuertes tendencias a la insurrección, el Cartismo. Tras el colapso de este movimiento, surgieron otras organizaciones laborales precoces, con poca influencia marxista o anarcosindicalista. La precocidad también fue una característica distintiva del movimiento conservador británico. Los conserva-

² Voy a debatir muchas de estas cuestiones, aportando un mayor número de pruebas de apoyo, en el volumen 3 de mi libro *The Sources of Social Power*. Hasta este momento, mis investigaciones han sido más exhaustivas en relación con el período anterior a 1939 y, en especial, con los casos de Alemania y de España.

dores británicos pudieron llevar a cabo la modernización sin padecer las crisis repentinas que azotaron a sus colegas europeos. Las aparentemente «tradicionales» relaciones patrón-cliente, que promovían la deferencia desde abajo, evolucionaron sin fricciones en Gran Bretaña –Bagehot ya subrayó este hecho en 1867–. Por último, Gran Bretaña (aunque, obviamente, no Irlanda) se encontraba entre los países más laicos y no se veía perturbada por las turbulencias clericales y anticlericales que sacudían a la mayoría de los demás países.

El surgimiento del socialismo

A finales del siglo XIX, surgieron una serie de movimientos sociales que afirmaban representar los intereses específicos de los trabajadores, en su calidad de individuos y de clase. En los países anglosajones, con unas instituciones políticas liberales bien establecidas, estos movimientos tenían, en su mayor parte, un carácter moderadamente «economicista» o «mutualista»³. En los demás lugares, dichas ideologías competían con otras de carácter más socialista, en la medida en que muchos trabajadores se identificaban con el «proletariado» y se afiliaban a organizaciones que defendían las ideas marxistas. Todos los países de la Europa continental contaban con un partido político y con una federación de sindicatos socialistas, que reclutaban afiliados mayoritariamente entre los obreros manuales. Estas organizaciones se consideraban representantes del «proletariado», mientras que otros movimientos representaban a otras clases.

Aunque el socialismo había empezado entre los artesanos, en 1900, su núcleo se había extendido a tres sectores económicos más amplios: la minería, el hierro y el acero (ampliándose a la metalurgia), y el transporte (en especial, en puertos y ferrocarriles). El socialismo también contaba con influencia en el resto de las industrias de fabricación, en la construcción y en el sector público. Los principales distritos urbanos fabriles eran recientes en su mayor parte, estaban contruidos para un propósito definido y eran insalubres; en ellos vivían pocas personas procedentes de otras clases. En la medida en que el tamaño medio de las fábricas era pequeño, la mayoría de los trabajadores no vivía entre sus compañeros de trabajo; en la medida en que las viviendas se encontraban abarrotadas, los trabajadores pasaban mucho tiempo fuera de las mismas, en unas comunidades locales densamente pobladas. Las organizaciones de control local –policía, tribunales, partidos políticos, escuelas, iglesias– eran nuevas y se basaban en el control coercitivo e impersonal. La minería no solía ser urbana, aunque los nuevos pueblos mineros insalubres tenían un mayor carácter de clase única y eran más difíciles de controlar. Los trabajadores del transporte tenían características específicas, en su calidad de grupo «transurbano» e «interurbano», y resultaban cruciales

³ Véase *The Rise of Classes and Nation-States, 1760-1914*, volumen 2 de mi libro *The Sources of Social Power*, Nueva York, 1993, p. 514, en relación con los tipos de movimientos obreros en el siglo XIX. [Existe edición en castellano: *Los orígenes del poder social*. Vol. 1,2, Alianza Universidad, Madrid.]

para la transmisión de mensajes entre las comunidades locales. Este sector, a diferencia de la fuerza de trabajo en su conjunto, estaba compuesto fundamentalmente por hombres. El ámbito de empleo del socialismo era masculino, al igual que su «camaradería». Los movimientos obreros se organizaron todos desde posiciones masculinas.

Existieron excepciones y variaciones. La industria más antigua, la industria textil, empleaba a muchas más mujeres que hombres, que trabajaban en fábricas más pequeñas y vivían en ciudades más antiguas con vecinos procedentes de diversas clases sociales. Los propietarios a menudo trabajaban y vivían con sus empleados, y muchos de ellos eran pequeñoburgueses o artesanos, por lo que las acciones colectivas resultaban más difíciles que las realizadas frente a los magnates del hierro y del acero o del carbón. Los sindicatos textiles tenían un carácter variado, algunos eran artesanales, otros sindicatos generales o anarcosindicalistas, y algunos eran sindicatos organizados de mujeres. Los pequeños sectores públicos variaban de acuerdo con la naturaleza del Estado. Las monarquías autoritarias (en especial, Alemania y el Imperio austro-húngaro) ofrecían trabajo a los veteranos de guerra con un largo historial de servicio, que raramente eran socialistas. Otros Estados eran liberales o laicos. Sus obreros manuales (y profesores) tenían tendencias izquierdistas dirigidas al socialismo, como en Francia y en Escandinavia. Tampoco la industrialización fue un fenómeno invariablemente urbano. Las fábricas francesas se encontraban dispersas por las zonas rurales. Y los países experimentaban variaciones en el nivel y en la uniformidad de la industrialización.

Aun a pesar de estas variaciones, el socialismo se basaba en el núcleo de los tres sectores industriales citados. Este hecho no sorprendería a Lockwood, que subraya muchas de sus características en comunidades proletarias más modernas. Aún así se apartaba de su modelo en tres aspectos. Él omitía su masculinidad (que todavía resultaba evidente en la década de 1960). La importancia que Lockwood concede al dominio de la comunidad local por parte de los compañeros de trabajo de los centros laborales sería menos aplicable a principios del siglo xx (con excepción de la minería y de los puertos). Y dichas comunidades (de nuevo, salvo para la minería) no se encontraban aisladas de las principales corrientes de la sociedad, ni eran lugares atravesados, sino que incluían a los sectores más modernos de la misma.

Aunque moderno, el socialismo era políticamente desviacionista, intermitentemente reprimido y casi siempre ignorante de la política gubernamental o industrial. La mayoría de las luchas sindicales implicaba un «reconocimiento». Por lo tanto, el socialismo se basaba en las densas comunidades de la clase obrera para alcanzar la solidaridad normativa necesaria para hacer frente a la persecución. Aunque también existen fuentes de tipo macroscópico, en especial, la hostilidad de sus oponentes: de los empresarios, de los gobiernos, de la prensa y de la mayoría de las iglesias. La interacción con el enemigo confería una identidad de clase, más que comunitaria. Las imágenes de la sociedad de los militantes eran también esencialmente

globales, modernas y evolutivas. El socialismo, creían, constituía el futuro de la humanidad, el enemigo de clase era reaccionario, feudal, retrógado, particularista, local. Este hecho se demostraba no sólo por la modernidad de sus centros laborales, sino también gracias a las sofisticadas macrorredes de comunicación ilustrada constituidas por artesanos viajeros, intelectuales cosmopolitas, trabajadores del transporte y por la importante emigración obrera de carácter nacional e internacional.

Casi todos los primeros partidos y sindicatos socialistas/obreros diferían de otras organizaciones coetáneas. Sus dirigentes no eran notables cuyas actividades se derivasen de su estatus social; muy pocos eran funcionarios retribuidos; pretendían únicamente conseguir una participación de masas activa, formal y «liberada». En su núcleo se encontraba un nuevo actor social, el «militante», comprometido ideológicamente, quizá más comparable a los devotos de anteriores movimientos de revitalización de las religiones. Los militantes procedían de tres principales ambientes sociales: de las actividades artesanales, de las tres principales industrias citada y de las profesiones de menor categoría, en especial, de la enseñanza y del periodismo. Cuando la persecución se hizo más feroz, se convirtieron en «células» secretas, que, más adelante, se formalizarían como la estructura real de los partidos comunistas y socialistas de izquierda (así como de los partidos fascistas). Y sus redes de fidelidad tenían carácter regional, nacional y (en relación con unas pocas) internacional.

Los militantes poseían una fuerte conciencia de clase. De acuerdo con mi esquema IOTA⁴, los militantes desarrollaron un sentimiento de *identidad* proletaria, o de separación de la clase de los empresarios, de *oposición* a la misma, de la *totalidad* del conflicto (en la medida en que hacía referencia a la comunidad y no sólo al trabajo) y de los fulgores de una *alternativa* emergente moderna/utópica, el *socialismo*. Los militantes que fueron perseguidos (al menos aquellos que no desaparecieron en la oscuridad al capitular) respondieron, al igual que otras minorías perseguidas pero seguras de sí mismas, exagerando la imagen de sí mismos que las autoridades estaban estigmatizando. Su identidad de clase tendió a absorber otras fuentes de autoidentidad, potencialmente conflictivas: el sentimiento de ser un hombre se convirtió en la «masculinidad proletaria», la juventud de los primeros militantes se convirtió en la modernidad joven de la clase obrera. Y, a medida que los militantes envejecían, se convirtieron en el primer movimiento político que fundó organizaciones juveniles específicas, a las cuales se consideraba que pertenecía el futuro. Para muchos militantes, la «clase obrera» se convirtió en una identidad total y el socialismo en una forma de vida⁵.

⁴ M. Mann, *Consciousness and Action Among the Western Working Class*, Londres, 1973.

⁵ A este respecto, dicho fenómeno se parece al ocurrido en movimientos sociales de formación más moderna, en los que las feministas enfatizan el hecho de ser «mujer» y los homosexuales el hecho de ser «homosexual» hasta excluir todas las demás identidades posibles (de clase, de raza, de edad, etcétera).

No obstante, la conciencia proletaria no llegó a la mayoría de los trabajadores, ni a la mayoría de los trabajadores urbanos, ni siquiera a la mayoría de los obreros de las industrias básicas, con la posible excepción de la minería. Ninguna industria (salvo la minería) contaba ni con unos elevados porcentajes de concentración ni con muchos centros laborales de gran magnitud: la mayoría de los obreros trabajaba junto a menos de quince compañeros de trabajo, incluso en Gran Bretaña y Alemania. Casi todas las ciudades tenían otros distritos más antiguos y unos tipos de trabajo de carácter más disperso y variado. Existían barrios degradados muy antiguos, zonas dominadas por los sectores artesanal, doméstico y marginal, con un gran porcentaje de trabajo femenino e infantil de carácter temporal. En muchos distritos, las diferentes clases vivían juntas. La construcción era un importante sector de carácter disperso, con una gran movilidad residencial. Incluso las propias industrias básicas rara vez estaban constituidas por una única «masa» de trabajadores. El sector del transporte contaba con un número mayor de transportistas autónomos que de trabajadores contratados en los ferrocarriles. Si examinamos lo que ocurría en los lugares de trabajo inmediato, la mayoría de los sectores no se hallaban «masificados»: los astilleros se subdividían en muchos grupos de trabajo pequeños, muchos artesanos industriales empleaban a sus propios trabajadores, y en la industria textil, en la minería y en el acero, las jerarquías divisivas establecidas por los oficios y los sistemas de antigüedad interna se encontraban firmemente asentados. Los «aristócratas del trabajo» habían dominado los primeros grupos socialistas. Aunque su influencia estaba disminuyendo en aquellos momentos, gran parte del núcleo organizado contaba todavía con bastantes prerrogativas.

Por lo tanto, con la excepción de unos pocos militantes, las imágenes proletarias tenían que competir en la conciencia de los trabajadores con muchas otras imágenes con las que bien rivalizaban de forma directa, como la deferencia, el localismo o el pragmatismo prudente frente al empresario, o bien con las imágenes múltiples y competidoras de la vida cotidiana, derivadas del género, de la edad, de las responsabilidades familiares, de la religión, de la región, etcétera. Los actores sociales raramente disponían de un sentido unitario de sí mismos o de la sociedad. El socialismo hegemónico a unos pocos, como una subcultura. Los militantes eran muy conscientes de este hecho. Sus informes están llenos de quejas acerca de su escaso número y acerca de cómo la mayoría de los trabajadores era indiferente a todo salvo a sus preocupaciones cotidianas. Y los militantes trabajaron duramente para movilizar la coerción moral y física de la comunidad contra los esquirols reales y potenciales.

Tres tendencias macroscópicas contribuyeron en aquellos momentos a aumentar su poder. La «Segunda Revolución Industrial», que se desarrolló a buen ritmo desde 1900, supuso la creación de fábricas de mayor tamaño y de unas condiciones laborales comunes en la metalurgia, el transporte, los productos químicos, la ma-

dera y los muebles y en algunas industrias menores. La distancia entre los obreros cualificados y los no cualificados se salvó mediante la descualificación de los obreros especializados y la semicualificación de los obreros no cualificados. La emigración procedente de las diversas zonas rurales aumentó de forma importante las zonas de viviendas destinadas únicamente a la clase obrera, fenómeno que se vio reforzado por la suburbanización de la clase media posibilitada por los ferrocarriles y los tranvías. A pesar de sus diversos orígenes –jornaleros, aparceros, pequeños propietarios y granjeros–, dichos emigrantes fueron homogeneizados y convertidos en trabajadores urbano-industriales⁶. Entonces, el proletariado urbano comenzó a formar una especie de «*macrocomunidad*», más allá de las relaciones interpersonales, expandiéndose hasta formar una masa concentrada de carácter urbano e industrial. Este hecho no engloba a todos los trabajadores. Hasta la Segunda Guerra Mundial, la mitad de los trabajadores se dedicaba a los sectores manual, temporal, agrario o de servicios, que se encontraban (por no afirmar algo más categórico) organizados de forma muy variable. Para comprender todo lo que ocurrió después, debemos recordar que «la clase obrera proletaria» nunca fue capaz de organizar, incluso de forma mínima, a más de la mitad de los trabajadores europeos.

Sin embargo, las citadas tendencias posibilitaron que lo que Marx había predicho pareciera convertirse en realidad. Los marxistas revolucionarios y evolutivos consideraban que sólo era cuestión de tiempo que la mayoría de las personas se convirtiera en proletarios, expulsadas de comunidades dominadas por notables en búsqueda de deferencia y obligadas por la miseria del lumpenproletariado a incorporarse a la corriente principal del socialismo, fundiendo sus múltiples identidades en una sola. El proletariado ya no sería una subcultura, sino el pueblo.

En segundo lugar, las exigencias de una representación política en el ámbito nacional aumentaron. Tal y como ya afirmé en otro trabajo⁷, las características de las formas de gobierno nacionales tuvieron gran influencia sobre los movimientos obreros. Si se negaba el derecho a organizarse y los derechos políticos a todos los trabajadores, éstos se veían obligados a unificarse como clase, dejando a un lado el fraccionalismo y otras identidades rivales. Esta tendencia predominó en gran parte de la Europa continental, aunque en menor medida en los países con regímenes liberales o en los que disponían de constituciones federales, lo que se traducía en diferentes tratamientos para las diversas regiones.

⁶ Gallie (*Social Inequality and Class Relations in France and Britain*, Cambridge, 1983) no encontró pruebas de que los trabajadores franceses, que emigraron de diferentes regiones o que procedían de diversos sistemas de tenencia de tierras, defendieran políticas diferentes una vez llegados a la industria.

⁷ *The Sources of Social Power*, volumen 2, capítulos 17 a 19.

Cuadro 1

Porcentajes de densidad de afiliación sindical, 1900-1980

	1914	1920	1925	1930	1935	1940	1945	1950	1960	1970	1980
Austria	7	51	42	38			51	62	63	62	58
Bélgica	10	48	34	33	33	35	43	52	57	61	69
G. Bretaña	23	45	30	25	25	33	39	44	44	49	53
Dinamarca	23	48	36	37	42	46	50	58	63	64	80
Francia	8	10	8	7	24*	23	41	33	19	21	17
Alemania	17	53	28	33			23	35	35	33	41
Holanda	17	36	25	30	31	29	41	43	42	40	35
Italia	10	45					44	49	30	38	54
Noruega	10	20	14	19	28	37	37	50	64	63	63
España	3	15	14	13	30						
Suecia	10	28	29	36	41	54	59	68	73	73	88
EE.UU.	10	17	10	9	9	16	29	28	26	26	24

* Cifra relativa a 1936 (cifra relativa a 1935 = 8 por 100).

Densidad = porcentaje de fuerza de trabajo total que se encuentra afiliado a sindicatos. En la medida en que no podemos establecer unas cifras comparativas para todos los países, se trata de unas cifras aproximadas. Los porcentajes relativos a Francia, Italia y España son especialmente poco fiables. Las cifras de entreguerras relativas a España en ocasiones implican la realización de conjeturas acerca de los sindicatos católicos y una probable infravaloración del número de afiliados anarcosindicalistas. Las cifras corresponden a los años más próximos a los indicados. Salvo en lo que se refiere a Francia, se trata de cifras «brutas»: es decir, los miembros afiliados a los sindicatos incluían a algunos jubilados que no estaban englobados en la información sobre la fuerza de trabajo. Este hecho infla ligeramente los porcentajes de densidad de afiliación, especialmente en los últimos años. Cuando se dispone de cifras «netas», con exclusión de los jubilados, los porcentajes de densidad para 1980 son inferiores en un 5-10 por 100, mientras que los porcentajes relativos al período de entreguerras son hasta un 5 por 100 inferiores.

Fuentes: J. Visser, *European Trade Unions in Figures*, Amsterdam, 1989; complementado con G. Bain y R. Price, *Profiles of Union Growth*, Oxford, 1980; A. Kjellberg, *Facklig Organisering i Tolv Länder*, Lund, 1983; para Francia, A. Kriegel, *La croissance de la CGT, 1918-1921: essai statistique*, París, 1966; para España, A. Carmona, *El trabajo industrial en la España contemporánea (1874-1936)*, Barcelona, 1989, pp. 303-21; J. Guinea, *Los movimientos obreros y sindicales en España: De 1833 a 1978*, Madrid, 1978, p. 967; y Kessley, *Anarchosyndicalism, Libertarian Communism and the State*.

No obstante, también implicó que los movimientos proletarios se vieran influenciados por toda la gama de políticas nacionales y regionales: por los movimientos de autonomía regional y por el «nacionalismo integrador» opuesto a los mismos, por los conflictos laico-religiosos y entre las iglesias, por el imperialismo y por el militarismo. Los citados efectos políticos, ideológicos y militares sobre los trabajadores tuvieron un carácter decididamente macroscópico, y más regional y nacional que local. Y produjeron unas diferencias internacionales mucho mayores entre los diversos movimientos obreros que las ocasionadas por la mera falta de uniformidad del desarrollo capitalista.

Es necesario subrayar especialmente los cuatro entornos religiosos específicos de Europa: los países dominados por las iglesias ortodoxas orientales, el catolicismo, el protestantismo, y los países con coexistencia de católicos y protestantes. Tal y como veremos, estas circunstancias generaron grandes diferencias internacionales en los movimientos de la clase obrera.

En tercer lugar, los trabajadores desarrollaron exigencias políticas locales, centradas en la educación de masas, los programas de bie-

nestar local, las condiciones laborales municipales, la regulación municipal de la salud y del transporte, y la reforma de los impuestos pagados por dichas cuestiones. En todos los países, los gobiernos locales se expandieron mucho más rápidamente que los gobiernos nacionales a lo largo de la totalidad del período 1880-1939 (salvo en el período 1914-1918), hecho que aumentó el interés de los trabajadores por aquellos. Por lo tanto, surgió también un «socialismo municipal» de carácter local, pero con un alcance más amplio que los sistemas de interacción interpersonal.

Las citadas luchas políticas nacionales, regionales y locales tenían implicaciones contradictorias. Por una parte, impulsaban al proletariado a convertirse en una «clase universal» singular (aunque estuviera en realidad organizada fundamentalmente en el ámbito nacional), potencialmente mayoritaria y menos estratificada internamente, así como menos enraizada en cualquier tipo de comunidad particular. Sin embargo, también impulsaron a los militantes obreros a trabajar junto a los reformadores no proletarios, los anticlericales, las feministas y las minorías étnicas y religiosas que también se encontraban desprovistos de derechos ciudadanos. Las alianzas pragmáticas con estos grupos podían originar una moderación del socialismo, aumentando el elemento de cálculo en detrimento del concepto proletario de la política. Cuando el liberalismo declinó (como en Austria, Alemania e Italia), se produjo un flujo de liberales y de anticlericales decepcionados (y de sus hijos), en su mayoría, jóvenes periodistas, profesores y trabajadores disidentes del sector público. Estos elementos pasaron rápidamente a constituir una tercera parte de los líderes nacionales del partido, resultando cruciales para la comunicación de la educación socialista. El movimiento todavía era joven, sus líderes y sus activistas siguieron siendo una década más jóvenes que sus rivales hasta el final de la Primera Guerra Mundial.

En 1914, los sindicatos de los países más industrializados organizaban aproximadamente a una quinta parte de la fuerza de trabajo y a una cuarta parte de los obreros manuales (Cuadro 1). En el período de entreguerras, los trabajadores incluidos en los censos como obreros manuales sin cualificación, semicualificados y cualificados (con inclusión de la agricultura), considerados en su conjunto, constituían un poco más del 50 por 100 de la fuerza de trabajo, aunque quizás deberíamos añadir el 5 por 100 clasificado en el servicio doméstico, en ocupaciones manuales o como artesanos, y quizás otro 5 por 100 constituido por campesinos pobres con propiedades pequeñas que se veían obligados a trabajar para otros con el fin de subsistir. El voto socialista, que requería un menor compromiso de recursos personales, era más elevado, alcanzando una tercera parte en condiciones de sufragio universal para los varones (Cuadro 2). En este período, los partidos socialistas empezaron a obtener mayorías en muchas zonas urbanas industriales⁸.

⁸ A. Przeworski y J. Sprague (*Paper Stones: A History of Electoral Socialism*, Chicago, 1986, pp. 34-36 y 196-199) establecen el tamaño de la clase obrera europea en un 40 por 100 de la población. Pero su cálculo excluye a muchos trabajadores del sector servicios,

El socialismo no se presentaba como un paquete único. Su ideología continuó siendo difusa y su sentido de «alternativa» fue ampliamente contestado. Entre los partidos, el SPD alemán, el SPÖ austríaco y el PSOE español estaban comprometidos de forma oficial con el marxismo evolutivo; la mayoría de los restantes defendía versiones del socialismo más difusas o más contestadas, y que el Partido Laborista Británico tenía muy poco contenido socialista. El orden en términos de «identidad» proletaria variaba. En este punto, el Partido Laborista llevaba la voz cantante: la *totalidad* de sus 26 diputados parlamentarios eran antiguos trabajadores y su propaganda defendía por encima de todo que los trabajadores eran capaces de dirigir el país. En realidad, durante todo el período de entreguerras, sus diputados permanecieron más fieles a sus orígenes de clase obrera que los diputados socialistas de todos los demás países. Aunque las pruebas son limitadas, parece probable que la mayoría de los miembros de los sindicatos y de los votantes socialistas de todos los países no defendió conceptos totalmente socialistas. Sus imágenes de clase oscilaban entre otras creencias e identidades propias.

Los militantes también se encontraban visiblemente divididos entre ideologías en competencia: «mutualista», «economicista», «reformista» y «revolucionaria» (marxista y más anarcosindicalista). Los movimientos obreros anteriores a la Primera Guerra Mundial continuaron siendo particularmente poco claros acerca del Estado. Todos deseaban obtener derechos políticos y sindicales, y algunos defendían la toma del Estado para llevar a cabo la revolución. Pero lo que ocurriría tras el sufragio, el reconocimiento o la revolución, estaba menos claro. Muy pocos consideraban al propio Estado como el soporte y la base de un proyecto moral. Ésta es la razón por la que también surgió un segundo tipo de movimiento proletario.

Alternativas anarcosindicalistas

Los sindicalistas defendían que el capitalismo y el Estado colapsarían al ser atacados de forma repetida por huelgas de masas; los anarquistas consideraban que los actos audaces de violencia mostrarían que el Estado no era capaz de protegerse adecuadamente, y, mucho menos, a la sociedad. Ambos valoraban la existencia de un fuerte sentimiento comunitario local. Los «anarcosindicalistas» combinaban las tres características, defendiendo la expansión de la huelga general violenta de una comunidad a otra, la revolución y la posterior utopía sin políticas nacionales. Al margen de los anarquistas puristas (muchos de los cuales no eran trabajadores), se trataba de unos movimientos proletarios potencialmente de mayor alcance que los socialistas, en la medida en que se valoraba el peso de los números y la acción colectiva de las masas. El anarcosindicalismo estaba más preocupado que el socialismo por

así como a las personas que trabajan en los hogares sin ser trabajadores asalariados. Los estudiosos del fascismo han debatido ampliamente acerca del número de obreros manuales en la Alemania de Weimar: sus cálculos oscilan en torno al 55 por 100, con exclusión de los pequeños propietarios. Véase D. Mühlberger, *Hitler's Followers*, Londres, 1991, y M. Kater, *The Nazi Party*, Cambridge, Mass., 1983.

romper las divisiones derivadas del nivel de cualificación, de la industria y del género, tal y como mostraron los Wobblies americanos, la CNT española y (en menor medida) la CGT francesa. Este movimiento se extendió especialmente en los sectores más fluidos y menos institucionalizados, como la construcción o la silvicultura⁹, entre los emigrantes más recientes y en algunas industrias de carácter descentralizado que empleaban a más mujeres, como el sector textil catalán. Pero su principal ámbito de reclutamiento fue la agricultura.

Dado que Lockwood y otros que han contribuido al debate sobre las imágenes de los trabajadores se centraron en la Gran Bretaña de la década de 1960 y 1970, consideraron a los trabajadores agrícolas como fundamentalmente «deferentes». Newby descubrió que aproximadamente el 15 por 100 de su muestra de trabajadores agrícolas de Suffolk mostraba verdaderamente actitudes deferentes, mientras que un porcentaje todavía mayor actuaba de forma aparentemente deferente por motivos pragmáticos (la consecuencia de su impotencia en el ámbito local)¹⁰. La clave, argumentaba, era que la agricultura británica estaba dominada por granjas dirigidas por propietarios que empleaban a pocos trabajadores muy controlados. Las explotaciones agrícolas de mayor tamaño, con una mayor distancia entre los propietarios y los trabajadores, habían perdido importancia en torno a la Primera Guerra Mundial. Los latifundios, grandes fincas de explotación intensiva con propietarios absentistas, estuvieron virtualmente ausentes de Gran Bretaña durante el siglo XX, del mismo modo que los regímenes de aparcería. No obstante, dichos sistemas dominaron la agricultura en gran parte de Europa meridional y oriental. Asimismo, las pequeñas granjas británicas prosperaron más que sus homólogas del continente, con un endeudamiento mucho menos crónico. Los latifundios, los regímenes de aparcería y el endeudamiento condujeron a los trabajadores agrícolas hacia los movimientos proletarios, en especial, al anarcosindicalismo.

Andalucía y Extremadura, dos regiones del sur de España, constituían el caso extremo en el que el proletariado sin tierras trabajaba en latifundios cuyos propietarios vivían en ciudades distantes en su calidad de rentistas. Los trabajadores «poseían» los pueblos, salvo por los representantes del propietario y por los representantes no locales de un Estado distante. Una vez que las comunicaciones y las emigraciones de trabajadores incrementaron el alcance de los mensajes proletarios, el anarcosindicalismo se extendió desde Cataluña al sur de España. Ambas zonas también mostraban hostilidad hacia el Estado castellano, mientras que los trabajadores sin tierras, y, en otras regiones, los campesinos endeudados, deseaban ejercer plenamente sus poderes colectivos locales que ellos sabían que ya estaban en sus

⁹ Lockwood sigue a Kerr y a Siegel a la hora de atribuir a dichos trabajadores «aislados de la masa» unas imágenes proletarias de la sociedad. Muchas de sus luchas de clases se originaron en relación con el anarcosindicalismo más que con el socialismo.

¹⁰ H. Newby, *The Deferential Worker*, Londres, 1977.

manos. En las insurrecciones de clase violentas que se produjeron en Andalucía, en sus modelos de abstención electoral deliberada durante el período de entreguerras, en la ferocidad de su resistencia al comienzo de la Guerra civil (hasta verse vencidos por el ejército profesional de Franco procedente de África), incluso en los masivos votos socialistas de hoy en día, resulta raro detectar imágenes de deferencia rural en la región. Desde sus bases catalanas y andaluzas, el anarcosindicalismo se extendió posteriormente a otras zonas del país¹¹.

Resulta difícil cuantificar el número de miembros, puesto que el movimiento despreciaba la burocracia y conservaba pocos registros. En España, su número fue mayor que el de afiliados socialistas desde 1914 hasta 1930. En torno a 1934, cada uno de los citados movimientos era capaz de movilizar aproximadamente a 1,2 millones de miembros, es decir, ambos se encontraban justo por debajo del 15 por 100 de la fuerza de trabajo. El anarcosindicalismo floreció en gran parte de la Europa meridional antes de la Primera Guerra Mundial, pero posteriormente declinó.

Aunque carecía de un canon doctrinal estricto, coincidía parcialmente con los grupos más jóvenes de la izquierda socialista caracterizados como «insurgentes» o «maximalistas». Incluso después de su declive formal, algunas de sus características cualitativas continuaron vigentes en grupos (en especial, en grupos rurales) que defendían ideologías supuestamente diferentes. Los proletarios agrícolas y los campesinos propietarios endeudados que controlaban sus localidades siguieron mostrando un «espíritu insurgente», que no fue fácil de controlar y que rápidamente se desconectaba de las ideologías formales. En España, durante la década de 1930, el emergente sindicato agrario socialista, la FNTT, heredó las consignas de la CNT, fomentando las ocupaciones de tierras y supuestamente las huelgas «generales». Los socialistas «maximalistas» italianos se extendieron por gran parte de la agricultura del Valle del Po durante la Primera Guerra Mundial, pero muchos de sus partidarios se pasaron posteriormente al fascismo. En la Europa meridional y oriental, los movimientos insurgentes fueron canalizados, en primer lugar, por los partidos populistas, aunque en Rumanía se convirtieron en fascistas a finales de la década de 1930¹². Sin embargo, dichos cambios continúan estando poco investigados, en la medida en que no coinciden con las clasificaciones políticas convencionales.

¹¹ Mis fuentes principales acerca del anarcosindicalismo español han sido: A. Bar, *La CNT en los años rojos*, Madrid, 1981; R. Fraser, *Blood of Spain* (segunda edición), Londres, 1994 [existe edición en castellano: *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros*, Crítica, Barcelona, 1979]; E. Malefakis, *Agrarian Reform and Peasant Revolution in Spain*, New Haven, 1970 [existe edición en castellano: *Reforma agraria y revolución campesina en la España del siglo XX*, Ariel, Barcelona, 1971]; G. Kelsey, *Anarchosyndicalism, Libertarian Communism and the State*, Amsterdam, 1991; J. Peirats, *La CNT en la revolución española* (segunda edición), París, 1971; J. Mintz, *The Anarchists of Casas Viejas*, Chicago, 1982; y J. Brademas, *Anarcosindicalismo y revolución en España*, Barcelona, 1974.

¹² W. Brustein, *The 'Red Menace' and the Rise of Italian Fascism*, *American Sociological Review*, vol. 56, 1991; A. Heinen, *Die Legion 'Erzengel Michael' in Rumänien. Soziale Bewegung und politische Organisation*, München, 1986; F. Veiga, *La mística del ultranacionalismo*, Barcelona, 1989.

Los movimientos insurgentes se basaban en tres niveles organizativos. En primer lugar, las bases se alimentaban de una versión rural de la comunidad proletaria de Lockwood: puestos de trabajo y pueblos de clase única estrechamente interrelacionados. Pero, al contar con una menor separación entre el trabajo, la familia y la comunidad que en el sector industrial, dicho movimiento contaba con una mayor capacidad de movilización de la comunidad, en el que participaban familias y hombres y mujeres de todas las edades. Este hecho generó más coerción moral, más audacia y más violencia que las generadas por la mera camaradería masculina de los trabajadores industriales. Si la policía o los paramilitares se comportaban de forma brutal, los habitantes de los pueblos sentían los ataques como un gran ultraje moral y respondían con violencia temeraria. En 1931, los habitantes de Castilblanco fueron tiroteados por la Guardia Civil. Éstos se enfrentaron a los guardias con palas y machetes, mataron a cuatro, les cortaron la cabeza y les sacaron los ojos. Luego, las mujeres del pueblo bailaron sobre sus restos¹³.

En segundo lugar, existía un liderazgo regional-nacional específico, que incluía dos grupos más que la tradicional combinación socialista de trabajadores cualificados, periodistas y profesores: hombres y mujeres idealistas y muy jóvenes, a menudo procedentes de la clase media, y antiguos trabajadores que habían viajado profusamente y que contaban violentas y coloristas historias de lucha de clases, que se consideraban a sí mismos como luchadores globales contra la regresión y la explotación, y que educaban a los habitantes de cada lugar acerca de lo que los militantes españoles llamaban la «gimnasia» de la revolución. Asimismo trajeron consigo proyectos modernizadores (alfabetización en España, proyectos de desarrollo rural en Rumanía), así como ideologías alternativas que, según ellos, se estaban expandiendo por el mundo. Si los habitantes locales aceptaban dicha ideología, se convertirían en los precursores de la llegada de la gran sublevación.

En tercer lugar, existía un efecto de «contagio» municipal o regional debido a la similitud existente entre las condiciones de los pueblos, a las redes locales de comunicación y de comercialización y a los dialectos regionales compartidos. Si se sublevaba un pueblo, a menudo se sublevaban otros, al menos hasta que llegaban las tropas. Este tipo de organización se encontraba en tensión con la segunda, aunque ambas compartían un excesivo optimismo en relación con la llegada de la revolución, ideológico en el caso de los líderes y basado en sus poderes locales reales en el caso de los habitantes de los pueblos. Al igual que el socialismo, existían fuentes nacionales y regionales de acción proletaria, así como fuentes locales, laborales y comunitarias.

¹³ E. Malefakis (*Agrarian Reform*, pp. 310-311) proporciona un informe somero e interesante en inglés. Castilblanco era de la FNTT. Para disponer de un informe completo sobre un pueblo de la CNT, véase J. Mintz, *The Anarchists of Casas Viejas*, acerca de un pueblo que se hizo famoso por la salvaje represión de su tentativa de insurrección en 1932. Al igual que en otros levantamientos anarcosindicalistas, los muertos y los heridos entre los habitantes de los pueblos eran de todas las edades y de ambos sexos.

El impacto de la Primera Guerra Mundial sobre los movimientos obreros

El socialismo y el anarcosindicalismo se hallaban en ebullición poco antes de la Primera Guerra Mundial. En la oleada de huelgas internacionales de 1910-12, apareció una nueva generación de jóvenes y agresivos militantes. De forma simultánea, surgió un nuevo ultraizquierdismo (como una pequeña minoría) en los centros educativos y en las universidades que se encontraban en fase de expansión. Diversos sindicalistas, «maximalistas», «espontaneístas», «bolcheviques» y antimilitaristas se disputaban las antiguas ortodoxias mutualistas y evolutivas. La Primera Guerra Mundial amortiguó su impacto, pero sólo hasta que se hizo patente el cansancio ante la guerra y se vislumbró la posibilidad de la derrota.

En lo que se refiere a los países combatientes (y a las economías no combatientes capaces de exportar), la guerra impulsó la industrialización regulada por el Estado. Los racionamientos establecidos por los gobiernos afectaron a los no combatientes y a los países nórdicos bloqueados. Las condiciones laborales, los salarios, los convenios colectivos, los precios y las condiciones de vida fueron objeto de un mayor control estatal, que, a menudo, implicó la participación de las jerarquías del partido y del sindicato socialistas, aunque no las de los anarcosindicalistas. Los trastornos subsiguientes a la guerra y la rápida desmovilización mantuvieron la necesidad de una actuación gubernamental.

En esta etapa, el anarcosindicalismo declinó, probablemente en la medida en que se podía prescindir menos del Estado (aunque el declive empezó en Francia y se produjo más tarde en la España neutral), mientras que el socialismo se politizó a medida que los militantes participaban en la regulación estatal. La derrota en la guerra de movilización de masas causó la desintegración de diversos regímenes en 1917 y 1918. En aquellos lugares, «la revolución» parecía posible. Incluso entre las potencias victoriosas y neutrales, el incremento de las expectativas de las masas aumentó el número de huelgas y la capacidad de los partidos y de los sindicatos socialistas¹⁴.

El Cuadro 1 muestra el incremento de la afiliación sindical hasta aproximadamente la mitad de la fuerza de trabajo en 1920 en Austria, Bélgica, Gran Bretaña, Dinamarca, Alemania e Italia, en un ambiente de huelgas masivas, de mayor hostilidad de los empresarios y con un aumento del voto socialista. No disponemos de una idea precisa acerca del número de proletarios comprometidos que se encontraban movilizados. En la medida en que la «afiliación» a

¹⁴ Los diferentes resultados nacionales de las relaciones de clase deben mucho a las diferentes experiencias de la guerra. Este tema es, sin embargo, demasiado complejo para un rápido análisis. «Derrota», «victoria» o «neutralidad» pueden asumir una variedad de formas. Por ejemplo, la «victoria» varió desde la lenta prominencia de los Estados Unidos, hasta los grandes trastornos producidos en Rumanía debido a la duplicación de sus territorios, mientras que la «neutralidad» pudo suponer un desastre económico para Suecia y una expansión económica para España.

los sindicatos franceses incluía en gran medida a los militantes reales, quizás éstos alcanzaran prácticamente el 5 por 100 de la fuerza de trabajo; aproximadamente la misma proporción de afiliados al partido socialista en Alemania, Austria y Escandinavia (en los demás países, la proporción era inferior). El 60-80 por 100 de los afiliados socialistas eran trabajadores manuales o miembros de sus familias. La mayoría de los países todavía contaba con un número ligeramente superior de miembros cualificados respecto al número de miembros sin cualificación. El 75-90 por 100 estaba compuesto por hombres y la mayoría de las mujeres eran sus esposas. El liderazgo sindical y el socialismo continuaban siendo masculinos. Incluso las mujeres socialistas activas eran a menudo menos decididamente «feministas» que las mujeres liberales prominentes de aquel período¹⁵.

Las alternativas socialistas se simplificaron. Una única división «revolucionaria-reformista» polarizó casi todos los movimientos, mientras que ambos bandos consideraban al Estado como el soporte de su proyecto moral. Por lo tanto, el ámbito nacional empezó a monopolizar los horizontes socialistas en el mismo momento en que se creó la Komintern. El citado auge posterior a la guerra produjo importantes insurrecciones además de los primeros grandes logros reformistas: programas de bienestar, instituciones dedicadas a las relaciones laborales y tributación progresiva en las repúblicas de Alemania y Austria.

La crisis del liberalismo y del conservadurismo

¿Cómo iban los liberales y los conservadores a responder a esta amenaza? El sufragio universal no supuso una amenaza inmediata para el orden establecido. En las principales ciudades, las variantes nacionales de la «democracia *tory*» podían competir en igualdad de condiciones con los liberales y los socialistas entre los trabajadores; además existió una elevada abstención en las zonas habitadas por la clase trabajadora hasta después de la Primera Guerra Mundial. En los demás lugares, los votantes obedecían a los «magnates del condado», *notables*, *honoratioren* y *caciques* que controlaban la mayor parte de las zonas locales¹⁶. Ahora también amañaban las elecciones. En los casos en los que existe información, aproximadamente la mitad de los activistas procedía de las familias locales más ricas (en más de un país, la mitad poseía títulos). Ellos financiaban los partidos y presidían sus tribunas. La mayoría del trabajo organizativo era realizada por la otra mitad, principalmente por sus abogados. En ocasiones, los votantes vendían su voto a cambio de alcohol, de dinero en efectivo o de la promesa de un patrocinio

¹⁵ Véanse las fuentes reseñadas más adelante con respecto a los partidos socialistas y comunistas. Por supuesto, el sindicalismo de base y el anarcosindicalismo a menudo defendían activamente los intereses de las mujeres. En relación con el papel de las mujeres en los partidos de la República de Weimar, véase H. Boak, «Women in Weimar Politics», *European History Quarterly*, vol. 20, 1980.

¹⁶ G. Eley, *Reshaping the German Right*, New Haven, 1980; J. Tusell, *Oligarquía y caciquismo en Andalucía (1890-1923)*, Barcelona, 1976.

económico. Con mayor frecuencia, sencillamente delegaban de forma muy pasiva: en la medida en que los notables siempre habían mandado, no existía alternativa, puesto que se trataba del orden natural de las cosas.

La deferencia se encontraba enraizada localmente y tenía carácter interactivo, tal y como han enfatizado Lockwood y Newby. Pero también dependía de la organización macroscópica de clase, en relación con la solidaridad nacional y regional entre los notables y con su capacidad para controlar las organizaciones de poder nacionales y regionales, tales como la judicatura, el ejército, la educación y los medios de comunicación. Desde 1900, los controles locales y macroscópicos de los notables se vieron amenazados. El control local se vio minado por la industrialización, la comercialización agrícola y la expansión del Estado, flanqueadas por las comunicaciones nacionales y regionales: ferrocarriles, carreteras, centros educativos y medios de comunicación. Ya he descrito las amenazas más directas: el socialismo y el anarcosindicalismo. La comercialización agraria también implicó una política campesina independiente, rara vez de carácter proletario o deferente, sino orientada a la consecución de intereses económicos pragmáticos particulares.

Existían tres tipos de macroorganización por parte de los notables. En primer lugar, las facciones de notables estaban conectadas a las organizaciones políticas nacionales identificadas como «liberales» y «conservadoras». En la medida en que éstas a menudo contaban con diferentes raíces regionales, muchas localidades, en especial, de carácter rural, continuaron siendo fundamentalmente «de un partido». Aquí, la deferencia junto con la pasividad en lugar de la ideología garantizaban el voto. Este fenómeno era menor en el «noroeste», es decir, en los Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y Escandinavia, donde los partidos se orientaron a ofrecer unos genuinos programas electorales, con unas elecciones más contestadas y una concurrencia más elevada, lo que debilitó las redes de deferencia desde dentro. Las facciones pasaron a tener un carácter más ideológico y la opción implicó un mayor pragmatismo por parte de los líderes y de los votantes.

Las organizaciones de notables de segundo y de tercer tipo dependían de los poderes ejecutivos existentes fuera del sistema de partidos. Una se basaba en una monarquía fuerte que dominaba el parlamento, como en Alemania y el Imperio austro-húngaro. La otra dependía de los «acuerdos» de los partidos para concertar el ejecutivo del Estado, tales como el *turno* en España¹⁷ y el *transformismo*

¹⁷ Como su título sugiere, se trataba de un sistema que permitía a las dos principales facciones políticas, conservadores y liberales, gobernar por turnos. Como resultado de un compromiso entre las partes, el Ministerio del Interior comunicaba a los jefes notables locales, a los caciques, la intención de que el partido gobernante perdiese las próximas elecciones. En ese momento, dichos notables transferían su patrocinio local a su rival, por lo que el resultado sería el deseado. El *turno* se mantuvo desde 1880 hasta su último aliento en 1923 (véase Tusell, *Oligarquía y caciquismo*).

en Italia¹⁸. Ninguno de estos tipos de organización fomentaba que los partidos desarrollaran ideologías o programas electorales: la cuestión era colocarse a uno mismo en buena posición para el patrocinio ejecutivo. Éste se hallaba estrechamente ligado con las redes locales de deferencia. No obstante, si todos los mecanismos centrales colapsaran, los patronos locales serían incapaces de entregar bienes políticos a sus clientes de modo que la propia deferencia se vería socavada.

Este colapso nacional se produjo a principios del siglo xx. En primer lugar, aparecieron las ideologías de la modernización, en especial en los países más retrasados. Los intelectuales, los funcionarios y los estudiantes empezaron a adherirse a un cambio de principios que los notables no podían aceptar. Los monárquicos de derecha, los nacionalistas y los católicos sociales, los republicanos de izquierda, los liberales y los populistas socavaron la política de los notables desde dentro. Desde sus perspectivas, los acuerdos entre las facciones de notables y el ejecutivo se consideraban como «corruptos» y «carentes de principios». Las facciones de los partidos burgueses desarrollaron ideologías y programas electorales¹⁹. La Primera Guerra Mundial hizo estallar las monarquías autoritarias, sacudió los antiguos regímenes de todos los países combatientes e intensificó el conflicto de principios (entre intervencionistas y neutrales) en Italia, Portugal y España (también dividida por los desastres coloniales).

En 1918, las redes de notables y de deferencia, y, por tanto, el liberalismo y el conservadurismo de forma más general, se estaban tambaleando. Por supuesto, quedaban muchas zonas retrasadas. A lo largo de casi todo el siglo xx, muchas comunidades continuaron comportándose públicamente (con inclusión del voto) del modo que les indicaban los propietarios, los sacerdotes y los notables que ejercían el poder. No obstante, este hecho resultaba insuficiente: las comunidades deferentes eran cada vez más pequeñas en relación con las comunidades proletarias. Las elites debían responder de forma menos particularista, con movimientos propios de carácter menos local. La deferencia podría ser factible, pero requerirá nuevos métodos locales y nacionales.

Los tres contraataques conservadores

El liberalismo de los notables declinó en este período. Pero el movimiento conservador no: resurgió, adquiriendo una base de masas. La remodelación de la política de la elite conservadora ha sido analizada por Maier²⁰, pero sus bases sociales han sido poco estudiadas. Los estudios sobre los movimientos socialistas han prestado poca

¹⁸ Un sistema en el que el primer ministro sobornaba básicamente a las agrupaciones ideológicas y regionales de los partidos para entrar en su gobierno como titulares de ministerios (y, por lo tanto, con patrocinio económico). Se trataba de un sistema muy poco estable, en la medida en que los rivales podían presentar contraofertas de coalición.

¹⁹ En relación con España, véase M. Hernández, *Ciudadanía y acción: El conservadurismo maurista, 1907-1923*, Madrid, 1970; y J. Tusell, *Oligarquía y caciquismo*.

²⁰ C. Maier, *Recasting Bourgeois Europe*, Princeton, 1965.

atención a las actividades de sus oponentes. La historia de Sprague y Przeworski de los dilemas y de las estrategias del socialismo electoral no hace ninguna referencia a los conservadores. El hecho de que la «pérdida» de apoyo socialista, en la que basaban Sprague y Przeworski todas sus teorías de la «acción racional», pudiera estar conectada con las estrategias conservadoras no pareció tener importancia para ellos.

Se desarrollaron entonces tres nuevos proyectos conservadores de movilización de masas, centrados en la religión, en el nacionalismo y en una legitimación más pragmática y tecnocrática del gobierno de los notables, a saber, la noción de que las elites, en especial las elites económicas, disponían de una mayor competencia *técnica* (en lugar de genéricamente *social*) para gestionar una economía y una política modernas, así como para generar beneficios para todos. La gama de respuestas provocadas en las masas incluía la «deferencia» así como la penumbra pragmática de la imagen «privatizada» de la sociedad. Incluía la gama del voto *tory* procedente de la clase obrera cubierto por los términos «deferentes» y «laicos» utilizados por McKenzie y Silver. Pero asimismo incluía otras imágenes, en especial, las religiosas y nacionalistas (que McKenzie y Silver trataron sin éxito de incorporar a sus dos categorías primarias). Realizaré un esbozo de sus «grupos electorales fundamentales», que incluían a muchos trabajadores.

La religión había jugado un papel político central en toda Europa a lo largo del siglo XIX. Posteriormente, su papel disminuyó en los países protestantes del noroeste: en Gran Bretaña (con exclusión de Irlanda) y en los países nórdicos. En dichos lugares, los compromisos religiosos a menudo distinguían entre conservadores y liberales. En ocasiones, como en Noruega o en Irlanda del Norte, se realizaban distinciones entre los particularismos religiosos. Pero, una vez que los movimientos obreros de los países del noroeste rompieron sus lazos con los liberales a principios del siglo XX, se convirtieron en mayoritariamente laicos; «agnósticos» sería un término más adecuado, ya que, en comparación con sus camaradas ateos del continente, parecían indiferentes a las cuestiones religiosas. Los liberales y los conservadores británicos movilizaron, sin embargo, un pequeño mayor apoyo de los disidentes religiosos y de los anglicanos, respectivamente, entre todas las clases, pero el movimiento laborista ignoró la religión. Por lo tanto, las correlaciones entre los votos y la afiliación religiosa o la asistencia a la iglesia se mantuvieron bajas en la isla de Gran Bretaña tras la Primera Guerra Mundial²¹. Más adelante haré referencia a la información posterior a 1945. Este hecho no se produjo en ningún otro país europeo. En realidad, Europa experimentó un importante resurgimiento religioso-político a principios del siglo XX.

La encíclica *Rerum Novarum* (1891) permitió el florecimiento del «catolicismo social», que se vio seguido de los partidos políticos y de

²¹ I. McLean, *The Legend of Red Clydeside*, Edinburgh, 1983; y W. Miller, *Electoral Dynamics in Britain since 1918*, Londres, 1977.

los sindicatos católicos²². Se planificó una operación de ámbito continental organizada conjuntamente por la jerarquía, por los sacerdotes y por laicos con conciencia social. Ambos elementos proporcionaron al catolicismo social unos elementos contradictorios: ¿se trataba de impedir que el socialismo controlara a las masas o de fomentar reformas redistributivas en nombre de los trabajadores y de los campesinos pobres? Aunque la jerarquía generalmente mantuvo un control suficiente sobre las organizaciones oficiales de partidos y sindicatos, como para inclinarlos hacia el conservadurismo cristiano en el ámbito local, los sacerdotes-obreros y los laicos radicales proporcionaban a muchos trabajadores y campesinos esperanzas de una «tercera vía» entre el capital y el movimiento obrero.

Los sindicatos católicos tuvieron dificultades para competir con los sindicatos socialistas enraizados en los enclaves industriales urbanos. Sin embargo, tuvieron éxito en las ciudades pequeñas y en el campo, así como entre los trabajadores que consideraban que un conflicto limitado con los empresarios podía generar una mayor armonía entre las clases que la derivada de la actuación socialista. Durante la década de 1920, cuando los sindicatos contaban con un porcentaje de afiliación del 20-40 por 100 de la fuerza de trabajo, los sindicatos católicos y los sindicatos «amarillos» asociados oscilaban entre el 10 y el 25 por 100 del total en España, Italia, Austria, Bélgica, Francia y en las zonas católicas de Alemania, Suiza y Holanda. Los Estados Unidos carecían de sindicatos católicos independientes, pero los grupos católicos conservadores de presión estaban presentes en la AFL (*American Federation of Labour*) y el CIO (*Council for Industrial Organization*).

Las asociaciones católicas de campesinos tuvieron más éxito, proporcionando asistencia a los pequeños y medianos campesinos a través de bancos de crédito, de maquinaria de carácter cooperativo y de programas de comercialización, así como patrocinando los clubs sociales en los pueblos. Aunque sus programas de asistencia material no podían aportar beneficios útiles a los campesinos sin tierras (o a los propietarios más pequeños), éstos se vieron a menudo englobados en los programas sociales. Las asociaciones de campesinos eran importantes en Francia, en el sur de Alemania, Austria y en gran parte del centro y del norte de España²³. Por tanto, los intereses económicos locales concretos eran organizados e interpretados por los notables, a saber, por los propietarios, los profesionales

²² En lo que se refiere al movimiento general, véase J.-M. Mayeur, *Des partis catholiques à la démocratie chrétienne*, París, 1980; y H. McLeod, *Religion and the People of Western Europe, 1789-1970*, Oxford, 1981. Para España, F. Lannon, *Privilegio, persecución y profecía: La iglesia católica en España, 1875-1975*, Madrid, 1987; J. Tusell, *Oligarquía y caciquismo*; y C. Winston, *Workers and the Right in Spain, 1900-1936*, Princeton, 1985. Para Alemania, R. Evans, «Religion and Society in Modern Germany», en su *Rethinking German History*, Londres, 1987.

²³ Para Francia, véase G. Garrier, *Paysans du Beaujolais et du Lyonnais, 1800-1970*, Grenoble, 1973, vol. 1, pp. 518-522; para el sur de Alemania, D. Blackbourne, *Peasants and Politics in Germany, 1871-1914*, *European History Quarterly*, vol. 14, 1984; y I. Farr, «Populism in the Countryside: The Peasant Leagues in Bavaria in the 1890's», en R. Evans, ed., *Society and Politics in Wilhelmine Germany*, Londres, 1978; para España, J. J. Castillo, *Proletarios muy pobres: sobre la subordinación política del pequeño campesino*, Madrid, 1979.

de las ciudades pequeñas, los sacerdotes y los líderes laicos de la Iglesia. Se trataba de conservadores que defendían imágenes de la sociedad deferenciales y calculadoras. Las ligas de campesinos *Popolari* italianas de 1920-1922, que tuvieron una corta duración, fueron una versión más proletaria y menos deferente, siendo dirigidas por los propios campesinos y por sacerdotes radicales, los cuales llegaron hasta apoderarse de tierras para su redistribución.

Los partidos políticos católicos tuvieron mucho éxito. El Partido del Centro Alemán fue el primero, siendo fundado a finales de la década de 1870. Junto con su partido hermano de Baviera, el BVP, obtuvo la mayoría de los votos católicos durante el período de Weimar. La tradición continuó después de 1945 de forma modificada, ya que los demócratacristianos se dirigieron a los protestantes, en parte invocando una base de clase, pero apelando también a un sentimiento de religiosidad generalizada. Los cristianos sociales austríacos habían surgido también mucho antes de la Primera Guerra Mundial, pero se convirtieron en el mayor partido durante la república de entreguerras. Y continuó siendo uno de los dos principales partidos en la Austria posterior a 1945. Los *Popolari* italianos se constituyeron sobre pequeñas agrupaciones católicas anteriores a la guerra. Dicho movimiento aumentó de forma espectacular en 1920 antes de desvanecerse dos años más tarde bajo la influencia de Mussolini. Los demócratacristianos dirigieron Italia durante casi cincuenta años después de 1945. En la medida en que la Iglesia Católica era profundamente reaccionaria en España, únicamente generó un catolicismo social conservador de carácter tardío. Después de 1931, el partido autoritario católico, la CEDA, dominó la derecha política y jugó un importante papel a la hora de socavar la República. Con una base de masas en el campesinado, estaba dirigido por notables influidos por las ideologías modernizadoras católicas, monárquicas y fascistas²⁴. En la medida en que la Iglesia continuó siendo un pilar del régimen de Franco hasta el Concilio Vaticano II, no pudo patrocinar un partido católico después de la caída de su régimen (aunque los vínculos informales de los movimientos católicos no oficiales y del Opus Dei con el actual Partido Popular, el partido conservador, son estrechos). En realidad, entre las principales zonas católicas, únicamente Francia, que era un régimen constitucional más antiguo, no generó un partido de masas genuinamente católico, aunque la Iglesia siempre prestó una asistencia no oficial a la derecha francesa.

El efecto movilizador de todas estas organizaciones puede percibirse en la ciudad española de Valladolid. Las organizaciones obreras de izquierda situadas en la Casa del Pueblo contaban con 6.000 miembros, por debajo de la mitad de los miembros de las organizaciones de la Casa Social Católica. Las organizaciones católicas más importantes de la ciudad eran las cooperativas de consumidores y las sociedades de beneficencia médica y educativa, mucho mayores

²⁴ J. R. Montero, *La CEDA: El catolicismo social y político en la II República*, 2 vols., Madrid, 1977.

que las de sus rivales socialistas. En la ciudad (aunque no en la provincia), incluso los sindicatos católicos tenían tantos miembros como la UGT, aunque ésta no es una característica típica de las ciudades españolas²⁵. Los socialistas se centraban más en la movilización laboral, sus oponentes de derecha en la movilización de la comunidad y los anarcosindicalistas combinaban ambas.

Debemos añadir los partidos protestantes de los países con dos religiones principales, como Holanda y la Alemania de Weimar. Durante la República de Weimar, los denominados partidos «burgueses» liberales y conservadores (el DNVP, el DVP y el DDP) no se presentaban como protestantes, aunque los líderes y los activistas fueran en su mayoría protestantes, y sus votos (hasta que fueron ganados por los nazis) se correlacionaran estrechamente con el porcentaje de protestantes de cada circunscripción electoral. Dichos partidos movilizaron unos sindicatos protestantes pequeños y eficaces, en especial los sindicatos de trabajadores de cuello blanco. En dichos países, las comunidades religiosas son parcialmente distintas desde el punto de vista geográfico. Las comunidades de la clase trabajadora, por consiguiente, de forma similar a las del proletariado, fueron susceptibles de movilización por parte de las iglesias rivales, lo que resultó más obvio en Holanda.

Entre todos estos movimientos, los holandeses fueron políticamente variados, los *Popolari*, con una corta vida, tuvieron tendencias agrarias izquierdistas, el DDP alemán fue un partido liberal hasta aproximadamente 1930 y el Partido del Centro Alemán mantuvo su carácter centrista hasta dicha fecha. El resto fueron partidos conservadores. Y *todos* se desplazaron hacia la derecha en el período de entreguerras, a medida que colapsaba el centro político.

Estos partidos participaron en más actividades de agitación que los partidos de notables, aunque mucho menos que los socialistas (o que los fascistas). Lo que quizás es más importante es que sus organizaciones auxiliares movilizaron a más mujeres (aparentemente de todas las clases) que cualquier otro tipo de partido. Sus líderes y sus activistas también incluían una minoría sindical. Aunque éstos tendían a perder los debates económicos y sociales más cruciales del partido, se mantenían leales. Las políticas de partido reforzaron el orden social, aunque los activistas procedían de un ámbito laboral más amplio que los partidos conservadores laicos o que la mayoría de los partidos liberales, y más amplio también que los principales partidos socialistas de clase obrera. Dichos movimientos representaban de forma específica toda la gama de las clases agrarias y medias. Durante el período de entreguerras, los únicos partidos cuyos activistas tenían orígenes de clase más amplios fueron los partidos fascistas. La citada amplitud se consiguió localmente mediante el reclutamiento deliberado de los activistas a partir de toda la congregación de los fieles, garantizando la participación de personas conocidas por sus buenas obras y por su activismo comunitario

²⁵ J. M. Palomares Ibáñez, *El socialismo en Castilla*, Valladolid, 1988, pp. 58-77 y 123.

—entre una gama de clases lo más amplia posible—, a quienes los demás respetarían y seguirían²⁶.

Estos partidos estaban movilizando la deferencia, pero no una deferencia meramente otorgada a quienes tenían un estatus social superior. Estos partidos estaban enraizados en la comunidad local de fieles, pero no tenían un carácter meramente local o relacional. Se invocó también una solidaridad ideológica más amplia, que fue transmitida a través de una organización más global que nacional entre los católicos, y más nacional entre los protestantes y los ortodoxos. Dicha concepción fusionaba los modelos de clase y de estatus social de la sociedad. Los militantes compartían unos valores sociales inspirados por la religión: la piedad, el orden social, la jerarquía y la armonía. La aplicación de políticas con preocupaciones sociales para los menos favorecidos servía para reconciliar en último término los intereses de clase, cuya oposición actual se reconocía.

El segundo resurgimiento conservador se produjo de forma específica en los países con un régimen constitucional más antiguo. Se trata de lo que McKenzie y Silver denominaron el comportamiento *tory* de clase obrera «laica», aunque yo prefiero utilizar el término de «reclamo *tecnocrático*». Ahora que los partidos liberales y conservadores debían competir en la esfera electoral de masas, éstos afirmaban cada vez más que sus notables estaban más capacitados técnicamente para dirigir una economía capitalista e industrial que sus oponentes. Se produjo un marcado declive de la representación de los aristócratas, de los propietarios de tierras y de los rentistas entre las elites de los partidos, así como un aumento de la participación de los hombres de negocios, de los profesionales cualificados técnicamente y de los funcionarios. La situación extrema se produjo en los Estados Unidos, donde, durante casi todo el período de entreguerras (y después de la guerra), el Senado y el Congreso estuvieron compuestos por antiguos hombres de negocios y por abogados orientados hacia los negocios. El Partido Conservador Británico no se quedó atrás, viéndose seguido de partidos conservadores como la *Lliga* catalana y el DNVP alemán. Incluso el principal partido conservador español, la CEDA, contaba con menos propietarios de tierras y con más agrónomos que sus antecesores de derecha. Los carteles electorales de la CEDA en Logroño sencillamente reseñaban las profesiones de los candidatos: «Ingeniero y Agricultor», «Ingeniero, Abogado y Agricultor», «Titulado en Ciencias, Experto Agrícola, Agricultor y Ganadero» y «Profesor y antiguo Inspector de Trabajo», en ocasiones también se reseñaba su nacimiento en la localidad, lo que les cualificaba para comprender las cuestiones locales²⁷.

En realidad, la legislación que benefició a los trabajadores procedió de los partidos conservadores y liberales que trataban de frenar la

²⁶ J. J. Castillo, *Propietarios muy pobres*, y Mateos Rodríguez, «Formación y desarrollo de la derecha católica en la provincia de Zamora durante la Segunda República», en J. Tusell et al., *Estudios sobre la derecha española contemporánea*, Madrid, 1993.

²⁷ F. Bermejo Martín, *La II República en Logroño: elecciones y contexto político*, Logroño, 1984, pp. 285-286.

marea socialista. Dichos partidos defendieron programas de conciliación industrial y planes de seguros con asistencia estatal, con el fin de fomentar que los trabajadores adoptasen lo que ellos identificaban como los valores burgueses de la responsabilidad y del ahorro. Los partidos liberal y conservador de Gran Bretaña afirmaron persistentemente que los programas de viviendas y de seguros sociales eran más mérito suyo que de los laboristas. Butler y Stokes sugieren que este hecho sostuvo al conservadurismo obrero en la década de 1960, en especial, entre los trabajadores de mayor edad²⁸. Una vez que los partidos socialistas empezaron a participar en los gobiernos, su historial político se convirtió en un aspecto importante para las elecciones. En la medida en que los gobiernos de entreguerras debieron hacer frente a fuerzas económicas y geopolíticas que se escapaban a su control, los reclamos tecnocráticos resultaron en ocasiones muy plausibles. Fue un gobierno laborista el que se derrumbó a causa de la Gran Depresión. Los carteles conservadores de 1931 describían a un trabajador en paro medio muerto de hambre: el resultado del gobierno laborista. En 1935 describían al mismo trabajador con un traje elegante: el resultado de la prosperidad supuestamente derivada de las políticas conservadoras²⁹. La mayoría de los partidos «burgueses» continentales propusieron la reforma agraria, así como programas de conciliación laboral y de bienestar, que afirmaban eran menos «ideológicos» que los propuestos por los socialistas. Su legislación real a menudo se veía muy diluida por la influencia interna en el partido de los propietarios de tierras y de los industriales, lo que generaba pocos beneficios para los trabajadores. Sin embargo, este hecho no supuso una desaparición de las declaraciones tecnocráticas, en especial, en época de elecciones.

La tecnocracia no participó en la agitación de masas; todo lo que los trabajadores tenían que hacer era votar e ignorar a los militantes sindicales. Tampoco disponía de un núcleo electoral básico del mismo modo que los otros dos «reclamos políticos»: apelaba difusamente al exterior de la macrocomunidad socialista.

Los conservadores invocaron el nacionalismo como un tercer procedimiento. Al contrario que las imágenes actuales, el nacionalismo rara vez defendió las agresiones contra otros países (Alemania y Hungría diferían, debido a las exigencias de recuperación de los «territorios perdidos»). La agresividad se dirigió hacia el interior contra las personas «desleales» a la nación, debilitando su capacidad colectiva para hacer frente a las profundas crisis de dicho período. El socialismo y el anarcosindicalismo eran los objetivos evidentes: ambos proclamaban el internacionalismo, el socialismo era pro-ruso y los anarcosindicalistas ponían en cuestión el Estado-nación. Los adjetivos «bolchevique» y «anarquista» fueron términos perennes de insulto, junto con el concepto más simple de

²⁸ D. Butler y D. Stokes, *Political Change in Britain*, Londres, 1974.

²⁹ T. Stannage, *Baldwin Thwarts the Opposition: The British General Election of 1935*, Londres, 1980, p. 242.

«rojo», expresando todos ellos un sentimiento de extranjería y de desorden. Sólo los países nórdicos permanecieron inmunes. Los estadounidenses contribuyeron con sus cazas de brujas posteriores a la Primera Guerra Mundial (y a la Segunda Guerra Mundial). Los conservadores británicos oponían su propio patriotismo a la división y al «origen extranjero» del socialismo: el laborismo era incapaz de ser «en primer lugar, británico, y en segundo lugar, socialista»³⁰. Los regionalismos y las minorías étnicas y religiosas también eran responsables de «subvertir» el Estado-nación: catalanes y vascos en España, católicos y polacos en Alemania. En Europa central y oriental, los judíos eran identificados como especialmente «antinacionales». No sólo practicaban una religión distinta y constituían una etnia separada, sino que también controlaban a *los dos* enemigos de clase «extranjeros», el capital internacional y el bolchevismo.

Dichas tácticas habían aparecido en la extrema derecha antes de la Primera Guerra Mundial, pero los viejos regímenes habían sido muy cuidadosos a la hora de movilizar los sentimientos populistas³¹. En 1914 se habían visto agradablemente sorprendidos por el ímpetu del patriotismo, que parecía englobar tanto a los proletarios socialistas como a los trabajadores rurales deferentes: los trabajadores podían ser proletarios con conciencia de clase y nacionalistas leales. Con la presión de la postguerra, los conservadores realizaron una venenosa propaganda nacionalista. El *Volk* germánico y la *nación*, la *nazione*, del sur de Europa y sus afines lingüísticos fueron invocados para excluir a los grupos sociales y políticos opuestos a la «verdadera» nación/pueblo. Los conservadores españoles identificaron una *España*, que implicaba religión y orden, y se arrogaron la tarea de una segunda reconquista de la *Anti-España* del socialismo, del anarquismo y del republicanismo³².

Lockwood subraya cómo las imágenes deferentes de la sociedad oponen el liderazgo conservador «genuino» a los líderes radicales «falsos» que «manipulan» a sus «desorientados» seguidores. Ahora esta noción se extendía más allá de las interacciones locales hasta alcanzar el ámbito del Estado-nación. El período de entreguerras fue un período de crisis y de declive, aunque muchos países europeos contaban con grandes historias imperiales. En cualquier país en el que la derecha reivindicaba las tradiciones de pasada grandeza imperial, los conservadores podían invocar un liderazgo «genuino» de la nación, en relación con la cual la mayoría de las personas, incluidos los trabajadores, tenía un sentimiento de pertenencia. Las identidades nacional y de clase podían llegar a ser políticamente opuestas. Este hecho se produjo en Alemania, Austria, Hungría, España y Portugal, y en Gran Bretaña tras el colapso de los liberales.

³⁰ R. McKenzie y A. Silver, *Angels in Marble: Working-Class Conservatism in Urban England*, Chicago, 1968, pp. 62-69.

³¹ G. Eley, *Reshaping the German Right*.

³² S. Julia, «Guerra civil como guerra social», en *La iglesia católica y la Guerra Civil Española*, Madrid, 1990; F. Bermejo Martín, *La II República en Logroño*.

El nacionalismo tiene un carácter muy abstracto. A pesar de su ficción de una genealogía común, normalmente sólo dispone de unas sólidas raíces locales entre las personas explotadas por los patronos coloniales (como en Irlanda), a diferencia del socialismo proletario o de la deferencia religiosa. Aun así contaba con núcleos electorales básicos. Los ejércitos, a través de los cuales pasaban las masas de jóvenes varones de todas las clases, ponían el énfasis en esta doctrina. Igualmente se comportaba la función pública, tanto entre los trabajadores manuales como no manuales, en la mayoría de los regímenes que habían sido autoritarios³³. También las religiones estatales establecidas, como la Iglesia Evangélica en Alemania, la Iglesia Católica en Austria, España, Portugal, Polonia, Eslovaquia y Croacia, y las variantes nacionales de la Iglesia Ortodoxa en todo el sudeste de Europa se comportaban del mismo modo. Igualmente que los grupos o las regiones que se identificaban a sí mismos como el «núcleo histórico» de la nación: el sur de Inglaterra, Castilla, la zona rural del interior de Austria, la Rumanía rural, o las masas de refugiados que volvían a Grecia o Hungría. Éstos eran los transmisores clave del nacionalismo de derecha. Todas estas bases electorales eran claramente interclasistas, englobando a muchos trabajadores, y también controlaban los poderes coercitivos del Estado. Es importante señalar en qué medida eran débiles dichos focos nacionalistas en los países nórdicos: militares débiles, escasa asociación de la grandeza de la nación con el militarismo y el imperio durante más de un siglo, iglesias liberales o en declive y homogeneidad étnico-regional³⁴.

Alternativas autoritarias y fascistas

Pero el conservadurismo debía hacer frente al aumento de la competencia por parte de dichos focos nacionalistas. El fascismo se convirtió en un importante movimiento de masas en Italia, Alemania, Austria, Rumanía y Hungría. Pero el fascismo no era más que la versión más radical de un movimiento más amplio de entreguerras que rechazaba la democracia en favor del autoritarismo de derechas. Este fenómeno barrió Europa meridional, central y oriental con su versión extremista del «estatismo-nación», una creencia que afirmaba que la crisis y los desórdenes sociales, en especial los conflictos disgregadores de clase y las disputas de las facciones parlamentarias, se podían remediar otorgando mayores poderes a un «Estado-movi-

³³ También existieron indicios durante este período de «dos Estados» en algunos países (por ejemplo, Francia, España), uno de carácter civil y liberal-social, centrado en las instituciones parlamentarias y de bienestar social, y otro militarista y autoritario-conservador, centrado en el ejército, la policía, el poder judicial y otras instituciones ejecutivas tradicionales. Cada uno de los «Estados» efectuaba gran parte del liderazgo de cada extremo político. Los sistemas educativos a menudo se dividían por la mitad, de modo que los profesores y los docentes pudieron proporcionar militantes a ambos bandos.

³⁴ Existe una especie de enigma sueco. ¿Cómo una iglesia estatal luterana, con una implantación tan importante en la vida de la comunidad local sueca durante todo el siglo XIX, pudo decaer hasta ser casi irrelevante para la política sueca en el siglo XX? No he descubierto ninguna explicación plausible. Es necesario subrayar que los países del Benelux, con un militarismo débil y un liberalismo fuerte, pero con proyectos nacionales contestados, generaban unas bases electorales nacionales/de clase de carácter plural, divididas por la religión o por el idioma.

miento» autoritario, que representara el espíritu de la nación. Al igual que la izquierda, la derecha había aprendido del cambio de las relaciones Estado-sociedad inaugurado por la Primera Guerra Mundial. Ahora se consideraba al Estado como materialización de un propósito moral desarrollista y no meramente conservador, ya que el Estado podía encarnar potencialmente a la nación.

La mayoría de los autoritarios conservadores sólo deseaba el apoyo pasivo de los trabajadores. Imitando al fascismo, defendía cultos de liderazgo y partidos únicos. Éstos se podían utilizar incluso como órganos de agitación para atacar a los «traidores» a la nación. Pero, en su mayor parte, desmovilizaron a las masas, tal y como hicieron en los regímenes de Dollfuss, Franco, Salazar, Metaxas, Pisudski y de los gobernantes de los países bálticos. Cultivaban una participación pasiva de las masas, con inclusión de las organizaciones de jóvenes y de mujeres, y una forma no local y no interactiva de deferencia hacia el Estado-nación jerárquico y hacia el Líder. El fascismo era diferente. Necesitaba la movilización activa de las masas, en la medida en que supuestamente tenía objetivos radicales y deseaba tomar el poder. Por lo tanto, el fascismo se apropió de las formas socialistas de organización: el partido de masas, la célula y el militante. El estudio de Allen sobre «Thalburg» muestra que los nazis movilizaron un mayor compromiso por parte de sus militantes que el logrado por los socialistas³⁵. Y aunque los nazis no podían rivalizar con el SPD en las fábricas, en 1932 su organización en éstas era tan poderosa como la del KPD³⁶. Aparentemente anticapitalista y *antiestablishment*, el fascismo cultivaba el populismo y las estrategias proletarias, al menos antes de llegar al poder.

Por tanto, el período de entreguerras supuso un resurgimiento del conservadurismo que realizó una interpelación política más ideológica a las masas, incluyendo a los trabajadores. La diversidad que caracterizó a la izquierda anterior a la guerra fue en este período más característica de la derecha, en especial en la Europa continental. Los socialistas debían defenderse de los reclamos políticos conservadores, fascistas y de la derecha autoritaria dirigidos a sus propias bases electorales.

Respuestas socialistas

El socialismo se vio gravemente amenazado. El fracaso de sus insurrecciones de postguerra y la agitación fascista desalentaron las expectativas socialistas. La Gran Depresión produjo consternación. Se trataba de una profunda crisis del capitalismo. Los socialistas evolutivos y los reformistas todavía derivaban su optimismo y sus beneficios de los excedentes capitalistas, mientras que los revolucionarios, que consideraban que la hora estaba próxima, contaban con pocos miembros, muchos de los cuales eran desempleados. El Cuadro 1 muestra que el auge sindical de la postguerra no se mantuvo. Las ci-

³⁵ W. Allen, *The Nazi Seizure of Power*, Chicago, 1965.

³⁶ M. Kele, *Nazis and Workers*, Chapel Hill, 1972.

fras relativas a 1925 y 1930 muestran la reducción de los diferenciales internacionales. Con la excepción de los rezagados Estados Unidos y de la cifra «sólo-militantes» relativa a Francia, las densidades sindicales en 1930 oscilaban en todas partes entre el 25 y el 40 por 100 y, en su mayoría, estaban disminuyendo, tal y como demostraron Sprague y Przeworski.

Los líderes socialistas eran conscientes de que su movimiento todavía no era mayoritario. Los marxistas habían creído que llegarían a serlo y eran reticentes a abandonar esta creencia. Algunos pragmáticos trataron de salir de su comunidad macroproletaria para convertir a las personas que vivían y trabajaban en otros lugares, moderando la revolución y llegando a compromisos con los liberales burgueses. Este fenómeno fue más importante en el SPD alemán. Pero la mayoría de los marxistas no podía aceptar dicho pragmatismo, en la medida en que identificaban a los partidos con las clases. En la medida en que el socialismo representaba al proletariado, los otros partidos debían representar a las otras clases, de modo que los marxistas (y la mayoría de los historiadores de la mayor parte de los países) denominaban a estos partidos «burgueses» o «pequeñoburgueses». Era difícil generar una camaradería de «Frente Popular» a lo largo de dichas líneas de «clase». Los «maximalistas» y los comunistas (hasta que la Komintern cambió su línea a petición de Moscú en 1935) afirmaban que el «oportunismo» conducía al «aburguesamiento». Ellos argumentaban (de forma más bien anarcosindicalista) que se debía conservar la pureza. El espíritu insurgente obtendría por sí mismo mayores apoyos y derribaría al capitalismo. Aunque este argumento resultó claramente erróneo en el caso de la Gran Depresión, su retórica era menos inquietante para los militantes proletarios tradicionales y para los jóvenes socialistas que la del pragmatismo. En el único estudio de actitudes sobre el período 1929-30, realizado por la Escuela de Frankfurt, acerca de los militantes alemanes, los socialistas estaban mucho más descontentos con sus líderes que los comunistas (o, en realidad, que lo que lo estaban los pocos partidarios de los partidos nazis y de los partidos burgueses). No obstante, sólo aproximadamente el 15 por 100 de los militantes de izquierda tenía unas ideas revolucionarias coherentes (el 23 por 100 entre los militantes del KPD)³⁷.

³⁷ En este estudio, los entrevistados nazis eran los más coherentes desde el punto de vista ideológico (al igual que los autoritarios); dicho estudio fue publicado de forma definitiva por Erich Fromm como *The Working Class in Weimar Germany*, Cambridge, Mass., 1984. Fromm defiende que los resultados se pueden considerar típicos de los trabajadores de la República de Weimar. No obstante, el método de muestreo «de bola de nieve» (derivado de los contactos de la Escuela de Frankfurt!), el mediocre 20 por 100 de porcentaje de respuestas (a la encuesta por correo), su localización urbano-industrial y su alto nivel de sindicalismo revelan que los 537 hombres y las 47 mujeres que respondieron al estudio eran todos militantes de la macrocomunidad proletaria. Fromm evidentemente tenía unas expectativas irreales acerca de su coherencia revolucionaria, ya que éstos contaban con unas imágenes mucho más proletarias que las de los trabajadores incluidos en los modernos estudios británicos. A la pregunta «¿Quién, en su opinión, tiene hoy en día el poder real del Estado?, el 68 por 100 de los partidarios del SPD y el 83 por 100 del KPD identificó a los capitalistas, a los propietarios de tierras, a los bancos o a la burguesía. Esta pregunta más bien cargada parece haber confundido a los partidarios de los partidos burgueses, aunque el 50 por 100 de los nazis respondió firmemente que los «judíos».

Cuadro 2
Voto laborista, socialista y comunista en las elecciones
nacionales, 1900-1960 (porcentajes)

	1914	1920	1925	1930	1935	1940	1945	1950	1960
Austria	25	37	41	42			50	44	48
Bélgica	30	37	41	38	38	36	45	40	40
Gran Bretaña	7*	21	34	37	38		49	46	44
Dinamarca	30	33	37	41	48	45	45	44	49
Francia	17	23		29	35		50	41	40
Alemania	35	42	35	38				35	36
Holanda	19	25	25	26	26		39	35	35
Italia	23	34					40	38	42
Noruega	32	31	33	33	43		53	52	52
España					19				
Suecia	36	43	46	43	53	58	57	52	53
Estados Unidos	6	4							

* Sufragio restringido a los varones.

Fuentes: McKie & Rose, 1974.

A la hora de responder a las tres revitalizaciones conservadoras, los socialistas apenas podían generar unas formas rivales de deferencia, jerarquía y autoridad, ya que éstas eran la antítesis de la clase y de la igualdad (ni siquiera el estalinismo no podía proclamar abiertamente su naturaleza autoritaria). Los marxistas también eran reticentes a apelar a identidades distintas de la clase. Los contraataques conservadores negaban realmente la importancia de la clase: apelaban a los trabajadores, pero no *en calidad de* trabajadores. Para los socialistas, la clase era el concepto maestro que definía a todos los partidos. Tenían dificultades particulares con el género, pero corrigieron parte de su sexismo manifiesto de épocas anteriores en el campo laboral, aunque analizaron escasamente la familia, el matrimonio o la maternidad. El debate entre las feministas liberales y los conservadores dominaba este terreno, aunque algunas feministas socialistas avanzadas contribuyeron a atacar la «familia burguesa» que alienaba a más mujeres (y hombres) de los que podía atraer. Tampoco podían los socialistas defender sensibilidades religiosas. Los socialistas continentales eran ateos declarados (en ocasiones, aliados con los liberales anticlericales) y defendían políticas familiares y educativas hostiles a las iglesias.

Por suerte para los socialistas, el conservadurismo religioso era menos poderoso en el noroeste de Europa. En Escandinavia, las sectas luteranas más fervientes se habían orientado hacia el liberalismo político, no hacia el conservadurismo. Gran Bretaña era más agnóstica, aunque en los Países Bajos, Gran Bretaña y los Estados Unidos, los resurgimientos religiosos producirían una reacción entre otras creencias religiosas. Por lo tanto, los movimientos de izquierda perdieron más fuerza en la Europa católica y ortodoxa.

Los reformistas pragmáticos, sin embargo, eran capaces de imitar el argumento tecnocrático. Pusieron de relieve vigorosamente su modernismo y su competencia para dirigir una economía capitalista

avanzada y enfatizaron que el compromiso de clase aumentaría la productividad. Aunque desconcertado por la Gran Depresión, el «keynesianismo social» se desarrolló pronto en los países nórdicos, asistido por un acuerdo muy pragmático con los grupos agrícolas de presión. En los países anglosajones, los pioneros fueron los liberales progresistas, con el *New Deal* y el *Blue Book* liberal, pero las ideas rápidamente se expandieron entre los trabajadores. Los argumentos tecnocráticos eran esencialmente pragmáticos y consensuales, alejando a los partidos de izquierda de las alternativas socialistas, incluso de la más bien distante alternativa del «socialismo evolutivo». Este fenómeno se puede observar claramente en el caso de Noruega, cuyo Partido Socialista, el DNA, pasó rápidamente de una postura revolucionaria a una estrategia reformista a principios de la década de 1930³⁸.

Los socialistas se defendieron de diversas maneras del nacionalismo. Continuaron reafirmando el internacionalismo. Esta estrategia funcionó mejor en los países no amenazados, en especial, en los países nórdicos (es decir, con la exclusión de Finlandia), y después en Gran Bretaña, en mayor medida que en los países de Europa central y oriental, que debían hacer frente a disputas étnicas y territoriales y a una mayor deuda externa. Funcionó mejor en las épocas de prosperidad y de rechazo de la guerra, y cuando la Liga de Naciones parecía una esperanza de futuro. Los socialistas también podían explotar las reacciones regionales frente al nacionalismo «integral». Cuanto más proclamaban los *torys* su nacionalismo «británico», menos convencían a los escoceses, a los galeses y a los católicos de Irlanda del Norte. Incluso el norte industrial de Inglaterra estaba menos convencido que el sur de ser «una nación». Cuanto más proclamaban los conservadores españoles su nacionalismo, más alienaban a los catalanes y a los vascos, dando motivos para la reflexión a los valencianos y a los andaluces. Se difundieron diversas concepciones de la nación a través de dichos Estados-nación, y cada una de ellas contaba con su propia base electoral.

Algunos socialistas también desarrollaron su propio nacionalismo. Desde 1789, la *nación* francesa había sido susceptible de interpretaciones izquierdistas. La *Marseillaise* y la *tricolore* resultaban tan apropiadas en los mítines comunistas y socialistas como en los conservadores. El nacionalismo cobró importancia en la retórica del Frente Popular francés a partir de 1935, a medida que la «clase» quedaba subsumida en la nación y el pueblo, incluso en los discursos de los comunistas. Los socialistas de izquierda del sur de Europa se apropiaron de los términos *pueblo* y *popolo* utilizados por los populistas, es decir, «el pueblo». En la medida en que dichos términos implicaban la exclusión de las clases altas (*pueblo* también significa «población rural», del tipo español, con una clase alta ausente), estas formas de nacionalismo podían legitimar el izquierdismo radical, incluso la revolución. Bernstein había insistido de forma poco convincente en que el SPD alemán era el partido del *Volk*, pero los socia-

³⁸ G. Esping-Andersen, *Politics Against Markets: The Social-Democratic Road to Power*, Princeton, 1985, p. 81.

listas nórdicos fueron más allá. Operando en un ambiente de mayor homogeneidad étnica, fundieron las clases en un *Volk* de carácter más consensuado, como en el eslogan sueco del «hogar del pueblo» o en el noruego de la «seguridad del pueblo». Su «ciudadanía social» pasó a estar fundamentada en la noción de que las políticas de empleo, de pensiones, de sanidad y de vivienda deben ser «universales», aunque en la práctica fueran nacionales. Durante el período en torno a la Segunda Guerra Mundial, adoptaron unos sentimientos de solidaridad nacional interclasista, en otros lugares característicos de los conservadores, y los reforzaron con unos programas sociales concretos.

Yo sugeriría que todos estos fenómenos contribuyen a explicar el éxito de la socialdemocracia nórdica. La mayoría de los estudios acerca del caso básico de Suecia se centran en la concentración de la clase obrera, producida por el rápido desarrollo industrial, la concentración de la población y la homogeneidad étnica, aunque también subrayan la capacidad de los socialdemócratas para concertar alianzas pragmáticas con los pequeños agricultores y la debilidad específica de los conservadores³⁹. Mi investigación contribuye a elucidar los dos últimos elementos. El conservadurismo nórdico era débil porque, careciendo del control de una religión con capacidad de movilización y de un proyecto propio de grandeza nacional, debía competir fundamentalmente en el plano pragmático y tecnocrático⁴⁰. Existen contrastes, por ejemplo, entre los agricultores suecos y castellanos. Los intereses sectoriales de estos últimos fueron interpretados a través de las organizaciones colectivas establecidas por los notables conservadores castellanos y católicos. Los sentimientos tecnocráticos, religiosos y nacionalistas se entrelazaron para orientar a una clase social intermedia (a menudo, empobrecida) hacia el conservadurismo y en la Guerra civil española para apoyar a *España* frente a la *Anti-España*. Los agricultores suecos, en gran medida inmunes a los argumentos nacionales o religiosos oficiales, identificaban sus intereses económicos de forma más directa. Fueron capaces de llegar a un pragmático «Acuerdo de las Vacas» de carácter sectorial, pero semejante a un acuerdo de clase, con los socialdemócratas. El éxito tecnocrático de esta amplia alianza la convirtió, más que el populismo conservador, en la base del *Volk*.

Debemos también subrayar la impronta específica nacional y tecnocrática de la izquierda en el otro país protestante, Gran Bretaña. Los laboristas habían superado al Partido Liberal en 1929 y estaban dispuestos a sustituirlo como el partido alternativo de gobierno. Aún así, su gobierno en minoría no disponía de políticas eficaces para combatir la Depresión. Se produjo una división y la mayoría de los líderes se incorporaron a un gobierno «nacional» dominado por polí-

³⁹ J. Stephens, *The Transition from Capitalism to Socialism*, Londres, 1979; y G. Esping-Andersen, *Politics Against Markets*.

⁴⁰ De hecho, la alianza monárquica/militarista/luterana había sido derrotada en las cuestiones constitucionales antes de 1920 por los liberales, los socialistas y la alianza de las sectas de la templanza.

ticas conservadoras. Cuando el Partido Conservador se adueñó paulatinamente de este gobierno, en las posteriores elecciones se confrontaron aparentemente «nacionalismo» y «socialismo». Un número mayor de trabajadores votaba ahora a un Partido Conservador capaz de autodenominarse «Gobierno Nacional», que el que hubiera votado al Partido Conservador en solitario, frenándose así el auge del laborismo⁴¹. En un país imperialista, resultaba difícil para el socialismo competir contra la nación, en especial, si el propio historial tecnocrático no era muy convincente.

La lucha por la clase obrera

Ahora voy a tratar de evaluar las capacidades rivales de penetración del socialismo, de las formas resurgidas del conservadurismo y del fascismo entre la clase obrera durante el período de entreguerras. Empezaré con sus militantes y con la composición de los partidos.

Los partidos conservadores contaban con muy pocos trabajadores. En la mayoría de los casos, casi la mitad de sus miembros procedían de los viejos notables y la otra mitad de la gama más amplia de la clase media. Los líderes nacionales seguían siendo mayoritariamente notables. Los partidos liberales centristas, republicanos, radicales y regionales variaban más, aunque pocos contaban con más de un 5-10 por 100 de trabajadores. Algunos tenían líderes predominantemente pequeñoburgueses, y un número mayor de partidos estaba dominado por profesionales. Los partidos católicos contaban con una afiliación más diversa, que abarcaba todas las clases. La mayoría de los líderes eran notables y profesionales, aunque existía una minoría de líderes sindicales. Casi todos estos partidos presentaban oradores públicos y candidatos que combinaban un estatus social típico de los notables con un elevado nivel de educación y de conocimientos técnicos. A la hora de dirigirse a la burguesía, los partidos conservadores a menudo invocaban las virtudes burguesas. En relación con los trabajadores, practicaban una mezcla de deferencia hacia el estatus social, generalizada en sentimientos religiosos y nacionales, y el reconocimiento pragmático de su competencia⁴². Por tanto, los líderes, e incluso la mayoría de los afiliados de los partidos conservadores y liberales, eran burgueses o pequeñoburgueses, tal y como acusaban los socialistas, aunque ellos mismos argumentaban que sus políticas les proporcionaban otra identidad.

⁴¹ T. Stannage, *Baldwin Thwarts the Opposition*, p. 245.

⁴² La información del presente párrafo se ha obtenido de C. Bacher, *Class and Conservatism: The Changing Social Structure of the German Right, 1900-1928*, tesis de doctorado, Universidad de Wisconsin-Madison, 1976; S. Bernstein, *Histoire du Parti Radical*, París, 1980-81; E. Bukey, *Hitler's Hometown: Linz, Austria 1908-1945*, Bloomington, 1986; L. Döhn, *Politik und Interesse: Die Interessenstruktur der Deutschen Volkspartei*, Meisenheim am Glan, 1970; J. Farré, *La izquierda burguesa en la II República*, Madrid, 1985; R. Koshar, *Social Life, Local Politics and Nazism: Marburg, 1880-1935*, Chapel Hill, 1986; W. Liebe, *Die Deutschnationale Volkspartei, 1918-1924*, Düsseldorf, 1956; O. Manjón, *El Partido Republicano Radical: 1908-1936*, Madrid, 1976; I. Molas, *Lliga Catalana: Un estudi d'estasiologia* (segunda edición), Barcelona, 1973; Moreno Fernández, *Acción popular murciana*, Murcia, 1987; J. Montero, *La CEDA*; R. Morsey, *Der Untergang des politischen Katholizismus*, Stuttgart, 1977; y W. Schneider, *Die Deutsche Demokratische Partei in der Weimar Republik 1924-1930*, Múnich, 1978.

Los partidos socialistas y fascistas eran diferentes. Los partidos fascistas han sido generalmente los mejor investigados, aunque la información sobre Italia continúa siendo escasa. Cuando el Partido Nacional Fascista revisó la mitad de sus registros de afiliación, descubrió que los trabajadores industriales contaban con escasa representación, mientras que los trabajadores agrícolas contaban con una representación un tanto desproporcionada. Los estudios italianos locales muestran diversos modelos, aunque generalmente con una afiliación predominantemente agraria de carácter burgués, y siempre con escasa representación de trabajadores industriales, en especial, de la industria pesada⁴³. Los nazis austríacos parecieron en cierto modo burgueses hasta 1935 (momento en el que muchos antiguos socialistas y sindicalistas se unieron a ellos); sus rivales «fascistas austríacos» continuaron siendo burgueses y agrarios⁴⁴. Sin embargo, en ambos países, los trabajadores y los empleados públicos de todos los niveles contaban con una representación desproporcionada. En estos casos, el fascismo parece más burgués que proletario, y también específicamente sectorial: un movimiento de lo que Salvemini denominó la «burguesía humanista», o quizá, de forma más precisa, la «burguesía estatista de la nación».

Pero, sin duda, se cuenta con mejor información sobre los nazis alemanes. Dicha información muestra la falta de cualquier marcado criterio de clase en la afiliación, y que los paramilitares contaban con un porcentaje desproporcionado de trabajadores. Combinados, el partido y los grupos paramilitares contaban con un porcentaje de trabajadores similar al de la población general, casi tantos militantes obreros como los socialistas y muchos más que los comunistas⁴⁵. La Guardia de Hierro de Rumanía, y quizá la Cruz y la Flecha de Hungría eran también interclasistas, con miembros procedentes de todas las clases⁴⁶. Era el comunismo y no el fascismo el que contaba con una desproporcionada participación de desempleados. Tampoco existían diferencias significativas entre trabajadores cualificados y no cualificados. Ni tampoco, en mi opinión, las mediciones más elaboradas de las jerarquías profesionales aplicables por la sociología moderna podrían generar unos resultados significativos a este respecto.

⁴³ R. Cavandoli, *Le origini del fascismo a Reggio Emilia*, Editori Riuniti, 1972; A. Preziosi, *Borghesia e fascismo in Friuli negli anni 1920-1922*, Roma, 1980; M. Revelli, «Italy», en D. Mühlberger, *The Social Basis of European Fascist Movement*, Londres, 1987.

⁴⁴ G. Botz, «Introduction» y «The Changing Patterns of Social Support for Austrian National Socialism (1918-1945)», en S. U. Larsen *et al.*, eds., *Who Were the Fascists?*, Bergen, 1980, y su «Austria», en D. Mühlberger, *The Social Basis of European Fascist Movement*, Londres, 1987; E. Bukey, *Hitler's Hometown*; B. Pauley, «Nazis and Heimwehr Fascists: The Struggle for Supremacy in Austria, 1918-1938», en Larsen *et al.*, *Who Were the Fascists?*; B. Pauley, *Hitler and the Forgotten Nazis*, Chapel Hill, 1981; W. Wiltshchegg, *Die Heimwehr*, Múnich, 1985.

⁴⁵ M. Kater, *The Nazi Party*; D. Mühlberger, *Hitler's Followers*; P. Stachura, «National Socialism and the German Proletariat, 1925-1935: Old Myths and New Perspectives», *The Historical Journal*, vol. 36, 1993.

⁴⁶ Los estudios más exhaustivos sobre Rumanía, de Heinen y Veiga (véase nota 12), no están publicados en inglés. Se puede encontrar alguna información en R. Ioanid, *The Sword of the Archangel*, Nueva York, 1990, y en R. Vago, «Eastern Europe», en D. Mühlberger, *The Social Basis of European Fascist Movements*. La información sobre Hungría es rudimentaria, ya que nos debemos basar en gran medida en los estudios de los comunistas y en el informe indirecto de afiliación de I. Deaks («Hungary», en H. Rogger y E. Weber, *The European Right: A Historical Profile*, Berkeley, 1966).

Este hecho se debe a que no es la clase, sino el sector, la principal variable económica subyacente. La mayoría de los trabajadores fascistas, salvo en Hungría, no procedían de las principales industrias de transformación, sino de la agricultura, de los servicios y de los sectores públicos, así como de los oficios artesanales y de los pequeños talleres. Recordemos que dichos sectores constituían aproximadamente la mitad de la clase trabajadora, incluso en los países avanzados industrialmente como Alemania, y que superaban este porcentaje en los países menos desarrollados. La macrocomunidad proletaria hacía frente al fascismo, pero no la totalidad de la clase obrera. En realidad, el sector de actividad también resulta un importante factor subyacente para otras clases. Con la excepción de Hungría, el fascismo movilizó a menos personas directamente relacionadas a cualquier nivel con la producción industrial, es decir, los capitalistas industriales, la pequeña burguesía clásica y los trabajadores industriales, y a más personas procedentes de la agricultura y los servicios. Por tanto, los partidos fascistas fueron más sectoriales que clasistas. No fueron ni burgueses ni pequeñoburgueses en su composición, y su incorrecta identificación por parte de los socialistas fue la causa de gran parte de sus dificultades a la hora de tratar con ellos.

Sin embargo, al igual que en todos los partidos, los líderes fascistas eran más burgueses que sus miembros. Los trabajadores constituían aproximadamente el 40 por 100 de los afiliados nazis (60 por 100 en relación con los grupos paramilitares), el 20 por 100 de los líderes regionales y locales y únicamente el 5 por 100 de los líderes nacionales. La mayoría de los líderes fascistas contaba con una buena educación, procedía especialmente del sector público y estaba compuesta tanto por civiles como por militares. Otros líderes procedían de ambientes más corrientes, ostentando a menudo un marcado acento regional (Hitler) o las formas del hombre corriente (Mussolini, Codreanu). La tribuna de un acto político fascista podía incluir a los líderes del partido local, de procedencia, acento e imagen diversos, además de a los dignatarios visitantes: un periodista más bien desclasado, un profesional con una elevada formación y un general o un aristócrata. Los líderes fascistas eran exclusivamente masculinos (otros partidos generalmente incluían aproximadamente un 5 por 100 de mujeres entre sus dirigentes), pero este porcentaje disminuyó. A pesar de su ideología extremadamente machista, los fascistas no contaban con un mayor porcentaje de hombres que otros partidos. En realidad, movilizaron a más mujeres en sus organizaciones auxiliares que todos los demás partidos, salvo los confesionales. Asimismo, los miembros y los líderes fascistas eran más jóvenes (con una diferencia aproximada de una década) que sus oponentes, salvo en el caso de los partidos comunistas. El partido pondría el énfasis en este hecho al llenar sus celebraciones con jóvenes varones uniformados. Y la iconografía de todos los partidos fascistas se centraba en la descripción de jóvenes, hombres y mujeres, saludables. No sólo era el fascismo un movimiento realmente intersectorial, con representación de ámbos géneros y joven, sino que proyectaba con fuerza dicha imagen.

Los partidos socialistas y comunistas eran de nuevo diferentes. Aproximadamente el 60-80 por 100 de sus miembros eran trabajadores, y la mayor parte de los partidos comunistas contaba con los porcentajes más elevados. Los líderes socialistas eran más variables: del 20-70 por 100 eran trabajadores (de nuevo, los comunistas tienen las cifras más elevadas), con aproximadamente la mitad del porcentaje restante compuesto por profesores, periodistas y funcionarios. Aun así, este hecho puede resultar equívoco, en la medida en que la mayoría de los líderes procedentes de la clase obrera habían sido funcionarios del partido durante varios años (los socialistas durante más tiempo que los comunistas, ya que sus partidos eran más antiguos). Los comunistas y los socialistas franceses eran los más variados. Ambos contaban con bases rurales y urbanas, los líderes socialistas eran los más burgueses de todos los partidos de izquierda, mientras que algunos partidos comunistas locales contaban con fuertes contingentes pequenoburgueses (de los cuales, muchos eran artesanos independientes). Los partidos socialistas proyectaban una imagen mixta, meritocrática y proletaria, correspondiente a su genuina ambivalencia de clase: el orgullo de su carácter proletario, el influjo de un gran número de radicales burgueses y el deseo de lograr el apoyo político a través de líneas de clase. Los partidos comunistas eran más decididamente proletarios. Tal y como se ha subrayado anteriormente, estos partidos movilizaron a menos mujeres que los partidos conservadores y fascistas⁴⁷. El socialismo-comunismo fue un subconjunto del proletariado, procedente claramente de su mitad masculina.

¿Cómo respondieron las masas? Al carecer de datos acerca de la participación concreta de los votantes en las elecciones, no conocemos cómo votaron las personas durante el período de entreguerras. Nos basamos en los datos ecológicos, que comparan las características sociales y los votos de los distritos electorales. Se trata de una limitación obvia. Aun así, en cierto sentido, los datos ecológicos resultan pertinentes, puesto que el electoralismo de masas de la postguerra impuso limitaciones ecológicas a los partidos. Los reclamos electorales se orientaron menos hacia la comunidad interpersonal que hacia la base electoral más amplia que apoya a un candidato,

⁴⁷ Las fuentes relativas a los partidos alemanes y al comunismo alemán son mejores. Para Alemania, véase W. Guttsman, *The German Social-Democratic Party, 1875-1933*, Londres, 1981; R. Hunt, *German Social Democracy, 1918-1933*, Chicago, 1970; P. Lösche, *Die SPD: Klassenpartei-Volkspartei-Quotenpartei*, Darmstadt, 1992; H. Weber, *Die Wandlung des deutschen Kommunismus*, 2 vols., Frankfurt, 1969. Para Francia, véanse diversos ensayos en J. P. Azéma et al., *Le Parti Communiste Français des années sombres, 1938-1941*, París, 1986, y en J. P. Rioux et al., *Les communistes français de Munich à Chateaubriant (1938-1941)*, París, 1987; A. M. y C. Penetier, «Les militants communistes du Cher», en J. Girault, ed., *Sur l'implantation du Parti Communiste Français dans l'entre-deux-guerres*, París, 1977; B. Pudal, *Prendre parti: pour une sociologie historique du PCF*, París, 1989. Para Austria, véase G. Botz, *Gewalt in der Politik*, segunda edición, Múnich, 1938, pp. 156-157 y 254; E. Bukey, *Hitler's Hometown*. Para España, véase M. Contreras, *El PSOE en la II República*, Madrid, 1981; R. Cruz, *El Partido Comunista de España en la II República*, Madrid, 1987, pp. 63-64; J. Guinea, *Los movimientos obreros y sindicales en España: de 1833 a 1978*, Madrid, 1978; J. Montero, *La CEDA*, p. 449. Todavía no he encontrado información fiable acerca de los miembros del Partido Laborista británico. En la mayoría de las citadas fuentes, debemos añadir algunas mujeres a las personas incluidas en la categoría de «trabajadores».

hasta llegar a zonas más amplias sobre las que los partidos, la prensa y otros órganos de poder lanzaban sus reclamos electorales, y, en último término, hasta los escenarios nacionales. La base electoral variará en magnitud y coherencia en función de si se elige un único o varios miembros o de si contribuye o no a las listas regionales de candidatos.

La República de Weimar cuenta con la mejor información ecológica⁴⁸. Fuera de las zonas de carácter más rural y de las ciudades fundamentalmente fabriles (que, generalmente, no eran las más grandes), pocos distritos relevantes electoralmente correspondían a una única clase. En los casos en los que las zonas rurales proporcionaban unos votos sólidos, la religión contribuía en gran medida a este hecho. El Partido de Centro Católico recogió hasta el 70 por 100 de los votos en algunos distritos rurales a lo largo de todo el período (a principios de la década de 1920, alcanzó el 90 por 100 en algunos distritos), mientras que, en primer lugar, los partidos burgueses y, después, los nazis obtuvieron los mismos resultados en algunos distritos rurales protestantes. En las ciudades industriales de Sajonia y de Hesse-Nassau, los partidos de izquierda podían obtener casi el 75 por 100 de los votos, en parte porque se trataba de zonas claramente protestantes.

No obstante, en la mayor parte de las ciudades y de las zonas interiores, los partidos competían en un entorno pluriclasista, multipartidista y generalmente con una religión dual. En un Essen dominado por las fábricas, siete de los cuarenta distritos electorales estaban constituidos en un 75 por 100 por trabajadores. No obstante, en Hamburgo, la segunda ciudad de Alemania, pero que presentaba una mayor diversidad económica, ningún distrito contaba con más de un 64 por 100 de trabajadores, mientras que en Berlín, la ciudad industrial más importante, y también la capital, ningún distrito contaba con más del 57 por 100 de trabajadores. Además, ninguna circunscripción urbana podía analizarse de forma aislada, puesto que los partidos, la prensa y otros actores sociales se orientaban hacia una campaña de mayor amplitud. Aunque los barrios pequeños podían conceder hasta un 75 por 100 de sus votos a los partidos de izquierda en su conjunto, y distritos electorales específicos también, el conjunto de las ciudades nunca lo hizo. Hamburgo y Berlín votaron en un 55 por 100 a los partidos de izquierda en su conjunto, pero ciudades como Essen, divididas por la religión, no pudieron alcanzar el 40 por 100. En realidad, ninguno de sus distritos electorales alcanzó el 50 por 100 de los votos para los partidos de izquierda.

⁴⁸ La información correlativa procede de J. Falter, *Wahlen und Abstimmungen in der Weimarer Republik*, Múnich, 1986; y *Hitlers Wähler*, Múnich, 1991; también en J. Falter y H. Bömermann, «Die Entwicklung der Weimarer Parteien in ihren Hochburgen und die Wahlerfolge der NSDAP», en H. Best, ed., *Politik und Milieu*, St. Katharinen, 1989; la información sobre Essen procede de H. Kürh, *Parteien und Wahlen im Stadt- und Landkreis Essen in der Zeit der Weimarer Republik*, Düsseldorf, 1973. Los mejores trabajos en inglés son: R. Hamilton, *Who Voted for Hitler?*, Princeton, 1982 (sobre las grandes ciudades), y T. Childers, *The Nazi Voter*, Chapel Hill, 1983.

Si analizamos la religión, las correlaciones ecológicas globales con la clase eran reducidas, salvo en el caso del Partido Comunista⁴⁹. La correlación entre el voto al KPD y la presencia de trabajadores en un distrito electoral se mantuvo en la banda del 0,60 al 0,70 a partir de 1924, lo que explica aproximadamente el 40 por 100 de la varianza del voto comunista. En relación con el SPD socialista la correlación también fue positiva, pero mucho más reducida, oscilando dentro de la banda del 0,25 al 0,35. Las correlaciones de otros partidos con la presencia de trabajadores eran en su mayoría negativas, pero ninguna alcanzó el $-0,35$ y la mayoría osciló entre el $-0,10$ y $-0,20$. El análisis por sectores no cambia de forma significativa el modelo global, aunque genera unas fluctuaciones más amplias en relación con cada uno de los partidos. Los partidos «burgueses» (protestantes) contaban con unas correlaciones insignificantes o ligeramente positivas con la presencia de trabajadores en la agricultura y en el sector servicios. Incluso si establecemos una dicotomía entre los distritos electorales en función de las mejores variables de predicción (porcentaje de trabajadores, sector económico, urbanización y religión), no obtenemos ninguna combinación de las cuatro variables en *ninguna* elección en la que los partidos de izquierda en su conjunto obtuviesen más del 45 por 100 del electorado o del 55 por 100 de los votantes efectivos. En Alemania en su conjunto, la combinación más elevada de este tipo, en las zonas obreras urbano-industriales protestantes, generó para la izquierda un 30 por 100 del electorado, es decir, un 40 por 100 de los votantes reales. Aunque los partidos de izquierda estuvieron cerca de la hegemonía en los distritos fabriles, y recibieron un número significativamente mayor de votos obreros en todo el país en su conjunto, podemos deducir que los partidos liberal y conservador obtuvieron aproximadamente el 35-40 por 100 de sus votos de los trabajadores (lo que suponía el 55 por 100 de la fuerza de trabajo), mientras que los nazis alcanzaron hasta un 40 por 100 en 1932 (en la medida en que se trata de datos ecológicos, son sólo cifras aproximativas). Esto quiere decir que los trabajadores probablemente votaban menos a los nazis que a la izquierda, pero no existía una diferencia tan grande.

Cuando golpeó la Gran Depresión, Alemania se polarizó, el SPD perdió los votos y los partidos «burgueses» colapsaron, en primer lugar, el partido liberal. El centro católico, los comunistas y los nazis recibieron el apoyo de los nuevos votantes, con inclusión de los jóvenes. Después de 1930, más mujeres que hombres votaron a los nazis, a pesar del exagerado machismo del movimiento. Los principales baluartes electorales de los nazis eran casi todos protestantes, pero eran bastante variados en otros sentidos. Globalmente, los socialistas/comunistas todavía compartían la vieja base electoral socialista centrada en la macrocomunidad proletaria, la base electoral católica se había afianzado, y los protestantes no industriales de to-

⁴⁹ Se debe recordar que es más fácil obtener correlaciones elevadas con la citada información ecológica que con la información de carácter individual del período posterior a 1945. Por lo tanto, dichas correlaciones no se pueden comparar de forma directa con la información posterior a 1945 que se reseña en el Cuadro 3.

das las clases se habían desplazado del liberalismo, pasando por el conservadurismo, hacia el nazismo.

En la medida en que comunistas y socialistas estaban luchando entre sí en las calles, debemos considerarlos separadamente. El SPD era claramente reformista, el KPD más insurgente, y sus miembros y sus bases electorales se fueron diferenciando. En 1932, los afiliados comunistas eran casi una década más jóvenes que sus homólogos socialistas. Del 70 al 80 por 100 de los miembros del KPD se encontraban en paro y el voto al KPD estaba estrechamente correlacionado con las tasas de desempleo local, mientras que los miembros y los votantes del SPD no se desviaban del promedio nacional de desempleo. Por tanto, mientras que algunas esposas de socialistas emitían en principio un voto católico o «burgués», y posteriormente fascista, algunos de sus hijos eran comunistas que denunciaban el «socialfascismo» de sus padres. Las luchas entre los socialistas y los comunistas también indujeron a muchos alemanes, incluidos trabajadores, a apoyar a movimientos que proclamaban estar por encima de la lucha de clases, en un primer término, conservadores, y posteriormente, fascistas. Por tanto, en la República de Weimar, la *totalidad* de las principales corrientes ideológicas circulaban ampliamente a través de la clase obrera, a menudo en las mismas familias.

No todos los países ni todas las regiones experimentaron igualmente esta competencia ideológica. Los sistemas multipartidistas la fomentaban, salvo que se encontraran fuertemente regionalizados o «asentados», como en los Países Bajos. En estos lugares, la competencia estaba restringida por la existencia de comunidades aisladas basadas en la religión y en el idioma. Aun así, algunas comunidades regionales estaban basadas fundamentalmente en la clase. En Viena, los socialistas obtuvieron un sorprendente 75 por 100 de los votos durante la República (aunque con un menor voto femenino, puesto que las mujeres cada vez votaban más a la derecha en todo el país). Gran parte de la ciudad constituía una comunidad proletaria. Algunas cuencas carboníferas rurales también obtuvieron unos porcentajes casi tan elevados. En Viena, Alemania y Escandinavia, las grandes ciudades votaron mayoritariamente a los laboristas/socialistas/comunistas; en otros lugares, probablemente no; y ninguna ciudad de Gran Bretaña superó el 40 por 100.

Unos pocos países experimentaron un mayor voto de clase. En ellos, un único partido reformista había triunfado, por lo que podía ser potencialmente hegemónico entre la clase obrera. En todos los países nórdicos, la socialdemocracia contaba con un mayor apoyo nacional y con una mayor solidaridad por parte de la clase obrera: durante la década de 1940 sabemos que el 70-80 por 100 de los obreros manuales votó a los partidos socialistas, y el 30-40 por 100 de los trabajadores cualificados también lo hizo⁵⁰. Los «índices de Alford» para el voto de clase en la postguerra, así como los informes de regresión que se reseñan en el Cuadro 3, muestran que los paí-

⁵⁰ G. Esping-Andersen, *Politics Against Markets*.

ses escandinavos experimentaron el mayor voto de clase, seguidos de Gran Bretaña (y de los dos países «británicos» Australia y Nueva Zelanda), y de Austria (el único país católico de este grupo). Por supuesto, las citadas cifras se ven afectadas por las distribuciones marginales: el tamaño de la clase obrera, el número de partidos y el voto izquierdista global. El Partido Laborista de entreguerras sólo contaba con un 30-35 por 100 de apoyo nacional, de modo que difícilmente podía ser hegemónico en ninguna clase; aun así, Gran Bretaña todavía tenía unas correlaciones ecológicas muy elevadas con la clase. Tras las elecciones de 1924, el porcentaje de obreros manuales en una circunscripción representaba aproximadamente el 60 por 100 de la varianza del voto laborista en Inglaterra⁵¹. Este porcentaje aumentó ligeramente cuando la clase se vio reforzada por un sentimiento de explotación nacional-regional, como en Clydeside y el sur de Gales. Las medidas con variables sustitutivas de clase de McLean, basadas en la vivienda, representaban hasta el 80 por 100 de la varianza del voto laborista en los barrios de Glasgow⁵². La religión sólo suponía una pequeña aportación a ambas correlaciones inglesas y escocesas. La región y (hasta cierto punto) la religión podían contribuir a aislar a las comunidades de clase rivales, de modo que se protegiese a las macrocomunidades proletarias de la ofensiva conservadora.

En otros lugares encontramos una mayor competencia ideológica, en el seno de la izquierda y entre ésta y otras ideologías religiosas y políticas; esto es así especialmente en los lugares en los que los socialistas obtenían menos votos. El socialismo español rondaba aproximadamente el 20 por 100 de los votos durante la Segunda República (1931-1936). Los estudios locales proporcionan una visión de su atractivo electoral⁵³. En la ciudad de Alicante, las mejores correlaciones (por encima de 0'80) se establecen con respecto al género: las zonas con más mujeres, en especial con más mujeres trabajadoras, votaron más a la derecha. Las explicaciones probablemente se basan en el hecho de que las mujeres habían sido objeto de mayor movilización por parte de la Iglesia que de los sindicatos, y en que el empleo femenino estaba compuesto mayoritariamente por actividades de servicio (en especial, servicio personal), por lo que se trataba de un trabajo directamente controlable por las clases propietarias. La edad fue la segunda mejor correlación: cuanto más joven era la estructura de edad de un distrito, más izquierdista era su voto. La clase y el sector ocuparon el siguiente lugar: la fabricación industrial generaba izquierdismo, mientras que el sector servicios se orientaba a la derecha. El socialismo y el republicanismo de izquierda tenían unas relaciones similares con la clase. Los socialistas eran más jóve-

⁵¹ J. Miller, *Electoral Dynamics in Britain since 1918*, Londres, 1977, p. 148.

⁵² *The Legend of Red Clydeside*, p. 227.

⁵³ Estos estudios generalmente no han sido capaces de recoger unos datos estadísticos locales comparativos. Así, Lleida, por ejemplo, continúa siendo la única provincia en la que he observado que el número de sacerdotes se ha relacionado con los resultados de las votaciones; y Alicante la única ciudad en la que el género y las mujeres trabajadoras han sido estudiados. El resultado es un mosaico de estudios cualitativamente diferentes, que evidencia el mismo problema que existe desde un punto de vista macroscópico y comparativo con la información de entreguerras.

nes y contaban con más miembros varones, pero no pertenecían más a la clase obrera, que sus supuestos aliados «burgueses»⁵⁴.

En toda la Lleida rural (en Cataluña), el voto de derechas se correlacionó en primer lugar con el número de sacerdotes de una zona, seguido después de mediciones de clase como la alfabetización y la riqueza agrícola. No existía ninguna relación con la industrialización y las mujeres se abstendían con mayor frecuencia que los hombres (al contrario que en Alicante). Los resultados de ambos estudios pueden deberse en gran medida a la fuerza local del republicanismo de izquierda y del anarcosindicalismo catalanes, ya que los dos atraían a las mujeres y a los trabajadores⁵⁵.

En Logroño (La Rioja), el 55 por 100 de la fuerza de trabajo estaba compuesta por obreros, aunque sólo el 20 por 100 de la ciudad votaba a los socialistas. En 1933, todos sus distritos proporcionaron más votos a la derechista CEDA que al PSOE socialista, con inclusión de un distrito que contaba con un 71 por 100 de obreros. En 1936, la alianza electoral del Frente Popular ganó las elecciones en la ciudad, al igual que en España, con su mayor porcentaje de votos (70 por 100) en la mayoría de los distritos de clase obrera, pero dos de los tres candidatos de esta alianza eran republicanos de izquierda y sólo uno socialista⁵⁶. Meses más tarde, la ciudad también experimentó uno de los mayores índices de alistamiento en las milicias fascistas al inicio de la Guerra Civil.

La gran ciudad de Zaragoza (200.000 habitantes) nos acerca a los obreros y a los anarcosindicalistas⁵⁷. El 60 por 100 de la fuerza de trabajo de la ciudad estaba compuesto por obreros, que suponían más del 80 por 100 en tres de sus distritos electorales. Ajustando los votos en función de la gran abstención anarcosindicalista, calculo que el partido de la derecha autoritaria católica, la CEDA, obtuvo el 40-45 por 100 de los votos de la ciudad y el 25 por 100 de los votos de los tres distritos proletarios. Los republicanos obtuvieron el 20-25 por 100 de los votos en toda la ciudad, mientras que los socialistas y los anarcosindicalistas obtuvieron un 30-45 por 100 y el 50 por 100 de los votos en los tres distritos proletarios. En las polarizadas elecciones de 1936, el Frente Popular ganó las elecciones en la ciudad, obteniendo el 53 por 100 de los votos y logrando el 70 por 100 en los tres distritos proletarios, mientras que la CEDA obtuvo el 46 por 100 de los votos emitidos. Sin embargo (y lógicamente, dado su apoyo), los tres candidatos del Frente Popular eran un socialista, un anarcosindicalista de la CNT, que finalmente abandonaba el abstencionismo, y un republicano de izquierda. Meses más tarde la ciudad y su provincia padecieron una de las luchas más fratricidas ocurridas durante la Guerra Civil: los asesinatos masivos de «bolcheviques» y de sacerdotes contaron con un considerable apoyo local.

⁵⁴ M. García Andreu, *Alicante en las elecciones republicanas: 1931-1936*, Alicante, 1985.

⁵⁵ J. Barrull Pelegrí, *Les comarques de Lleida durant la Segona República (1930-1936)*, Barcelona, 1986; C. Mir, *Lleida (1890-1936): Caciquisme polític i lluita electoral*, Monserat, 1985.

⁵⁶ F. Bermejo Martín, *La II República en Logroño*.

⁵⁷ L. Germán et al., *Elecciones en Zaragoza-capital durante la II República*, Zaragoza, 1980.

Diversas ideologías circulaban en dichos distritos, al igual que en toda España: el monarquismo, el clericalismo, el autoritarismo, el republicanismo de derecha, de centro y de izquierda, el socialismo y el anarcosindicalismo. *Todas* encontraron un considerable apoyo entre los trabajadores y sus familias. Incluso cuando la República se empezó a polarizar, el voto republicano de izquierda mantuvo su auge (al contrario que en la República de Weimar), mientras que los regionalistas de centro se aliaron con el Frente Popular. En este caso fue la derecha republicana la que colapsó antes del abrazo de la cuasiautoritaria, «integralista» y católica CEDA. Parte de este hecho puede haberse debido a una tendencia hacia la polarización de clase, aunque seguía estando mediatizado por las diversas formas de izquierdismo «burgués» y «proletario» entre los trabajadores.

En los países más atrasados, como Hungría, Rumanía, Bulgaria, Portugal, Yugoslavia y Grecia, los socialistas (y, cada vez más, los comunistas) todavía eran pequeñas minorías, en ocasiones únicamente bien enraizadas entre los trabajadores profesionales y entre sectores de la *intelligentsia* en las grandes ciudades. Los trabajadores urbanos estaban abiertos a los reclamos políticos rivales y algunos estaban resentidos a causa de los privilegios de los oficios. Por lo tanto, a finales de la década de 1930, tanto en Rumanía como en Hungría, el fascismo desarrolló una base de masas proletaria (en las ciudades y en el campo) dirigida tanto contra la derecha conservadora como contra la izquierda socialista de los trabajadores cualificados⁵⁸.

Por tanto, en la mayoría de los países predominó el modelo de la República de Weimar: los trabajadores se encontraban expuestos al reclamo de los diversos movimientos de derecha y de izquierda. En términos del apoyo de las masas (aunque no de sus líderes y activistas), ningún gran partido político de éxito de todo el espectro político podía ser considerado como burgués o como pequeño-burgués. Todos resultaban atractivos a los trabajadores.

Este hecho fue especialmente cierto para las mujeres de la clase obrera. En diversos países, como Austria, Gran Bretaña, Alemania y España, se había concedido recientemente el derecho al voto a las mujeres. Los socialistas no habían desarrollado políticas o procesos de selección de candidatos que permitieran la participación de las mujeres, y sus políticas dominadas por los sindicatos fueron en ocasiones sexistas⁵⁹. En la medida en que las mujeres eran más religiosas que los hombres, la Iglesia sustituyó a la movilización sindical con el fin de orientar a las mujeres hacia la derecha en los países católicos, ortodoxos y en aquellos en que coexistía una combinación de religiones (en menor medida en Escandinavia). Pero los reclamos religiosos también aumentaron los obstáculos en las zonas campesinas, en las pequeñas ciudades y en las capitales de provin-

⁵⁸ I. Deak, «Hungary»; A. Heinen, *Die Legion «Erzengel Michael»*; R. Ioanid, *The Sword of the Archangel*; R. Vago, «Eastern Europe»; F. Veiga, *La mística del ultranacionalismo*.

⁵⁹ En lo que se refiere a Inglaterra, véase M. Savage, *The Dynamics of Working-Class Politics: The Labour Movement in Preston, 1880-1940*, Cambridge, 1987.

Cuadro 3
Porcentaje de varianza global (R²) en el voto de izquierda,
explicado en función de la clase, de la religión y de la región
 (países seleccionados de 1956 a 1985)

	Bélgica 1973	Gran Bretaña 1964	Dinamarca 1971	Alemania Occidental 1968	Francia 1968	Grecia 1985	Italia 1968	Holanda 1967	Noruega 1969	España 1984	Suecia 1964	Estados Unidos 1956
Profesión manual	0,13	0,16	0,33	0,14	0,09	0,07	0,04	0,01	0,14	0,12	0,30	0,04
Afiliación sindical		0,11			0,18		0,08	0,13	0,19		0,11	0,14
Índice de asistencia a la iglesia	0,31	0,03	0,17	0,22	0,24	0,28	0,36	0,51	0,13	0,22	0,21	0,02
Región 1	0,33	0,04	0,10		0,05		0,13		0,11	-0,10	0,02	-0,22
Región 2										-0,05		0,10

Notas: Regiones: Bélgica = Región valona; Gran Bretaña = Norte, Escocia, Gales; Dinamarca = Región oriental; Alemania Occidental = Norte y Centro; Italia = Centro-Norte; Noruega = Este-Norte; España = 1) País Vasco, 2) Cataluña; Suecia = Norte; Estados Unidos = 1) Estados montañosos, 2) Sur.

Profesiones manuales: Bélgica = bajos ingresos (ocupación manual que en otros lugares no tiene consecuencias); Alemania Occidental = obreros manuales + trabajadores de cuello blanco de categoría inferior; Grecia: bajos ingresos, R² = 0,13; Estados Unidos = raza negra, R² = 0,14.

Iglesia: Noruega = «escasa religiosidad»; Suecia = «se define como no religioso».

Fuente: Estudios nacionales reseñados en M. Franklin *et al.*, *Electoral Change: Responses to Evolving Social and Attitudinal Structures in Western Countries*, Cambridge, 1992.

cia que no tenían un carácter fundamentalmente industrial. Los pragmáticos socialistas esperaban apoderarse de las bases electorales interclasistas de los partidos liberales. Sin embargo, en gran parte de Europa, el declive liberal supuso mayores ventajas para la derecha. Asimismo existía preocupación por la cada vez mayor edad de los militantes socialistas, ya que los jóvenes trabajadores se adherían a los pequeños partidos comunistas, trotskistas y fascistas.

Si los socialistas experimentaban ahora mayores problemas con los trabajadores, también debían hacer frente a dificultades en relación con los próximos objetivos electorales. Los trabajadores de cuello blanco del sector privado podían ser reclutados, tal y como demostraron posteriormente los partidos nórdicos. La mayoría de los datos relativos a otros países muestran que se establecieron posiciones en este ámbito, en relación con los votos y con la afiliación, y que dichas posiciones en unas ocasiones se conservaron y en otras se perdieron. Los trabajadores del sector público ya se habían polarizado, y en la medida en que los ideales estatistas-nacionales estaban aumentando su influencia, los miembros del ejército, los funcionarios, los profesores y los obreros manuales del sector público de muchos Estados se estaban desplazando hacia la derecha. Los regionalistas no habían perdido el control de sus bases electorales interclasistas. Entre los campesinos, el socialismo se había creado sus propios problemas. Al ser un movimiento fundamentalmente urbano e industrial, el socialismo favoreció la disminución del precio de los alimentos y la propiedad colectiva, estrategia que no atraía a los campesinos pobres deseosos de tierras.

El resultado global fue que en los países del noroeste de Europa, con una democracia antigua, el centro generalmente se mantuvo y la derecha no se adhirió al autoritarismo. Sin embargo, fuera de los países nórdicos, los socialistas alcanzaron el 20-40 por 100 de los votos, y el 20-30 por 100 de densidad de afiliación sindical, para, posteriormente, alcanzar su techo. España e Italia añadieron militantes de carácter agrario a los socialistas urbano-industriales, pero también se estancaron con respecto a los votos y a la afiliación sindical y a los partidos, en Italia en 1919-1920 y en España a mediados de la década de 1930. El caso de los países nórdicos demuestra que el estancamiento no era inevitable. Dirigidos por Suecia, los socialdemócratas estaban empezando a reclutar trabajadores de cuello blanco (en especial, en el importante sector público) y, posteriormente, mujeres. Pero en los demás países se estaban llevando a cabo movilizaciones conservadoras, fascistas y de la derecha autoritaria.

En realidad, en toda la Europa continental, cuando llegó el momento decisivo, los socialistas habían perdido la confianza. Sus acciones desmentían la afirmación retórica de que el futuro les pertenecía. Una característica resulta común a los líderes maximalistas italianos del PSI, a las grandes ocupaciones de fábricas italianas de 1920, a la lucha de los socialistas italianos contra el fascismo en 1920-1922, así como a los partidos de masas y a los paramilitares socialistas y comunistas de Alemania y Austria a partir de mediados de la década de 1920. Estaban totalmente a la *defensiva*, preocupados por ocupar sus propias macro-

comunidades proletarias y defenderlas de los ataques, así como por defender los beneficios reformistas que habían logrado en los años inmediatamente posteriores a la guerra. En las ocupaciones de fábricas italianas, los militantes defendieron las fábricas que habían ocupado, así como las sedes de los partidos y de los sindicatos. Pero no atacaron ningún edificio público. Y mientras las columnas volantes fascistas atacaban todas las sedes socialistas en Italia, lo máximo que los socialistas hicieron fue tender emboscadas a los atacantes, tal y como más tarde reconoció claramente su líder Tasca⁶⁰. Mientras que los nazis alemanes se manifestaban provocativamente en las comunidades proletarias, la izquierda (salvo un estallido de agresiones comunistas en 1929-1931) se defendió a sí misma y a sus guetos. ¡Los socialistas alemanes se defendieron a sí mismos del golpe nazi apelando a los tribunales! Ningún partido resistió en las calles. Los socialistas austríacos respondieron con precaución a una secuencia completa de provocaciones de los nazis y del *Heimwehr*. Algunos se levantaron en 1934, pero fueron incapaces de avanzar y de ocupar el espacio público que las desconcertadas unidades de la policía, del ejército y del *Heimwehr* habían abandonado momentáneamente⁶¹. Aquí también defendió el socialismo sus espacios y fue aplastado. Existió poca resistencia a la ola de golpes de la derecha autoritaria que azotaba Europa central y oriental, desde los Estados bálticos hasta Portugal.

Sólo la izquierda española, que había sido testigo de todos estos acontecimientos, se levantó decididamente en armas. E incluso en julio de 1936, ¡la principal respuesta de los líderes socialistas (tanto del PSOE como del sindicato UGT) al levantamiento militar fue la convocatoria de una huelga general! Pero después, la izquierda española –los republicanos «burgueses», así como los socialistas y los anarcosindicalistas– lucharon con firmeza durante tres años, para ser derrotados en último término no por sus propias vacilaciones o divisiones, sino por una fuerza militar superior.

Yo no minimizo los grandes logros obtenidos por los socialistas de entreguerras dentro de sus macroguetos. Éstos alcanzaron su punto álgido en la «Viena Roja», en la que los socialistas controlaban un gobierno municipal que había recibido unas inusuales competencias en materia de fiscalidad de acuerdo con la nueva constitución. Las viviendas «rojas» y otros proyectos se sufragaron con la nueva fiscalidad progresiva. Y en casi todas partes, los socialistas entrelazaban sus núcleos rurales y urbanos con unas densas redes de *casas del popolo*, *casas del pueblo*, de proyectos educativos, de sociedades musicales y deportivas, de maquinarias electorales, etcétera. Pero su limitación resultaba clara: no podían avanzar fuera de la macrocomunidad. Algunos sociólogos, opinando sobre los trabajadores «proletarios» de la década de 1960, identificaban un sentimiento defensivo, de orientación hacia la comunidad local, así como una incapacidad para trans-

⁶⁰ A. Tasca (seudónimo A. Rossi), *The Rise of Italian Fascism, 1919-1922*, Nueva York, 1976 (originalmente publicado en 1938).

⁶¹ Véase E. Bukey, *Hitler's Hometown*. Los líderes del SPD eran reformistas, pero los del SPÖ austríaco eran ambiguos, interesados en las reformas, pero rechazando coaliciones con los burgueses.

formar la sociedad y llegar al socialismo⁶². Pero ésta realidad tenía una larga historia, que se remontaba incluso al período evolutivo y revolucionario del socialismo. Se derivaba de la obsesión del socialismo por la clase en una era en la que la clase trabajadora como actor colectivo estaba en gran medida confinada a la macrocomunidad proletaria.

Permítaseme establecer un balance del período de 1938-1939. El socialismo revolucionario y el anarcosindicalismo se habían derrumbado en todas partes, siendo derrotados materialmente en casi toda la Europa continental y superados en las elecciones por los reformistas en el noroeste. Sólo en Francia continuaba la lucha entre ambos. Pero únicamente en los países nórdicos gozaba el reformismo de buena salud evolutiva. El estancamiento existente en Gran Bretaña se podía considerar como temporal, y la clase obrera británica probablemente poseía el sentimiento más marcado de identidad de clase de todos los países. Al margen de estos casos, todos ellos en países mayoritariamente protestantes, los conservadores, los autoritarios y los fascistas estaban ganando la batalla por las clases medias, por las mujeres y por la mitad de la clase obrera que vivía y trabajaba fuera de la macrocomunidad proletaria. A la hora de explicar estas tendencias diversas, he recalcado de forma consecuente la importancia de las macroestructuras de poder económico, ideológico, militar y político.

Tendencias posteriores a 1945

¿Se hubieran mantenido estas tendencias y esta diversidad? Es difícil de saber, ya que de nuevo se produjo una guerra devastadora. Los fascistas provocaron la Segunda Guerra Mundial y la perdieron. Europa del éste siguió un camino diferente durante cuarenta y cinco años, debido fundamentalmente al hecho de ser «liberada» por el Ejército Rojo. Aparte de la Península Ibérica, cuyos regímenes quedaron aislados e incapacitados, la derrota acabó con la derecha autoritaria. Los aliados fomentaron la emergencia de socialistas de centro-izquierda y de demócratacristianos de centro-derecha. Estos movimientos contribuyeron a eliminar el comunismo en Europa occidental y a proscribir el fascismo⁶³. En casi todas partes, la política quedó estabilizada en una competencia electoral por un terreno medio, entre los partidos y las coaliciones de centro-izquierda y de centro-derecha. Por último, los partidos católicos se convirtieron en demócratacristianos, centristas e, incluso, moderadamente reformistas, despojándose gradualmente de las influencias clericales sobre las políticas y sobre el liderazgo. Este hecho tuvo un gran impacto sobre los partidos obreros, ya que el enemigo inexorable de clase ya no servía para intensificar la identidad y las alternativas proletarias. Los socialistas reformistas y los sindicatos moderados crecieron de nuevo, tal y como se refleja en los Cuadros 1 y 2, ayudados por el pleno empleo y por una gran ampliación del sector público. Después de 1948, no se produjeron más sublevaciones,

⁶² J. Westergaard y H. Resler, *Class in a Capitalist Society*, Londres, 1975, pp. 393-396.

⁶³ C. Maier, «The Two Postwar Eras and the Conditions for Stability in Twentieth-Century Western Europe», *American Historical Review*, vol. 86, 1981.

mientras que pocas huelgas generales u ocupaciones de fábricas supusieron más de un día de manifestaciones.

El nacionalismo de derecha se derrumbó en los países derrotados. En Gran Bretaña (aunque no en los Estados Unidos) la movilización de las masas en la época de guerra seguida por la victoria habían desplazado al nacionalismo ligeramente hacia la izquierda. Se había desplazado aún más a la izquierda, allí donde los movimientos de resistencia durante la guerra habían sido fuertes (en Francia, Grecia, Yugoslavia y, finalmente, en Italia). Sólo en dichos países se mantuvo una seria competencia entre los socialistas y los comunistas. En los demás países, la Guerra Fría contribuyó a impedir el resurgimiento del comunismo. Las diferencias de género en las votaciones también declinaron en la mayoría de los países.

Gracias a los sondeos de opinión, contamos con más información acerca de las tendencias electorales durante la postguerra que a lo largo del período de entreguerras. Aun así, los conocimientos no son uniformes: extraordinarios sobre la clase, adecuados sobre la religión, e insignificantes en relación con las bases nacionales y tecnocráticas del conservadurismo y del socialismo. Las investigaciones recientes enfatizan las diferencias entre las naciones y las diversas fortunas electorales de la izquierda. A pesar de la popularidad de las teorías del «no alineamiento» y de los supuestamente insolubles «dilemas electorales del socialismo», no existe acuerdo acerca del hecho de si se produjo un declive del voto socialista entre los trabajadores manuales⁶⁴. Los partidos de izquierda compensaron en diversa medida la disminución en cifras absolutas de los trabajadores manuales, corrigiendo las deficiencias de entreguerras: atrayendo más votos de los trabajadores no manuales, en especial, de las mujeres, así como del sector público. Aun así, su hostilidad percibida o su indiferencia ante la religión continúa estructurando su voto, al igual que a lo largo de todo el siglo xx.

El Cuadro 3 resume la información presentada en diversos estudios nacionales sobre la clase, la religión y la región⁶⁵. Éstas habían sido las principales variables de predicción del voto de izquierda en dichos países (además de las mediciones de actitudes). Los coeficientes son: R^2 , las correlaciones parciales, las mediciones de la cantidad de la varianza total del voto de izquierda explicada en función de dichas variables dicotómicas, junto con todas las demás variables del modelo utilizado por los autores. La información hace referencia al pasado reciente, aunque sospecho que también sería válidamente aplicable al período de entreguerras. Hasta ahora, dicha información concuerda en gran medida con mi argumentación. Es necesario sub-

⁶⁴ Se puede contrastar M. Franklin *et al.*, *Electoral Change: Responses to Evolving Social and Attitudinal Structures in Western Europe*, Cambridge, 1992, y A. Przewoski y J. Sprague, *Paper Stones*; con J. Manza *et al.*, «Class Voting in Capitalist Democracies Since World War II: Dealignment, Realignment or Trendless Fluctuation?», *Annual Review of Sociology*, vol. 21, 1995; G. Marshall *et al.*, *Social Class in Modern Britain*, Londres, 1988, y D. Sainsbury, «Party Strategies and the Electoral Trade-off of Class-Based Parties», *European Journal of Political Research*, vol. 18, 1990.

⁶⁵ Reseñado en M. Franklin *et al.*, *Electoral Change*.

rayar, en primer lugar, el carácter específico de Gran Bretaña y de los países nórdicos, todos ellos protestantes. En dichos países, los factores relacionados con la clase son claramente los más significativos.

La región también tiene una importancia significativa en Noruega y Dinamarca, y la religión en Suecia (el autor afirma que este hecho se debe a las pocas personas muy religiosas que votan decididamente antisocialista). No obstante, en estos países los trabajadores tienden a votar a la izquierda, y la clase media a la derecha. Añadiría que Australia es muy similar a Gran Bretaña, y que Nueva Zelanda presenta ligeras diferencias (siendo el único país en el que un mayor número de votantes religiosos votan un poco más a la izquierda).

Pero en ningún otro país resulta más importante la clase que la religión o que la región. En los países católicos y ortodoxos (por desgracia, Grecia es el único ejemplo del último tipo), existía un mayor número de personas religiosas que votan mayoritariamente a la derecha. En los dos países con religión dual, Bélgica y Holanda, los autores afirman que *ambas* comunidades de fieles eran antisocialistas, por lo que se generan mayores correlaciones. Este fenómeno ya se producía desde hacía mucho tiempo.

El impacto del regionalismo también fue significativo en diversos países (y fue más elevado en Canadá de acuerdo con el estudio de Franklin, que no aparece en mi Cuadro). Este hecho resulta difícil de interpretar, en la medida en que los regionalismos de cada país difieren, y en algunos casos están orientados hacia la izquierda y en otros hacia la derecha. Pero los coeficientes parecen indicar que la izquierda y la derecha se encuentran claramente diferenciadas en función de las concepciones de la nación. Además, dicha información regional no ha sido agregada de forma teóricamente correcta. Si dicha información hubiera sido agregada de acuerdo con una teoría acerca de cómo cada Estado-nación se había desarrollado y de cuál era su núcleo histórico, imperialista o «integrador», considero que las correlaciones electorales resultantes hubieran sido *mucho* mayores que las derivadas de la clase, hecho que se mantendría a lo largo de todo el siglo xx.

Aun así, la preocupación obsesiva (¿la podemos denominar «turbación de clase»?) de los científicos y de los sociólogos por las cuestiones de clase en lugar de por la identidad nacional⁶⁶ me impide demostrar este hecho. Por supuesto, el nacionalismo agresivo parece mucho más débil en la actualidad que en el período de entreguerras. Asimismo contamos con muchos indicios⁶⁷ que demuestran que la estrategia tecnocrática de los conservadores tuvo más éxito a la hora de obtener votos entre los trabajadores que la deferencia. Quizás, en ese momento, el nacionalismo de derecha se debilitó o, al menos, se moderó.

⁶⁶ Por ejemplo: G. Marshall *et al.*, *Social Class in Modern Britain*, y A. Przeworski y T. Sprague, *Paper Stones*.

⁶⁷ Por ejemplo: R. McKenzie y A. Silver, *Angels in Marble*, y J. Goldthorpe, «The Current Inflation: Towards a Sociological Account», en J. Goldthorpe y F. Hirsch, eds., *The Political Economy of Inflation*, Londres, 1978.

Las ideologías de los partidos y de los sindicatos de izquierda también cambiaron claramente. Tras un breve florecimiento del izquierdismo de base sindical, de la «Nueva Izquierda» y del eurocomunismo durante la década de 1960, los partidos reformistas y los sindicatos economicistas han dominado la izquierda europea. Quizá ya no deberíamos denominarlos ni siquiera reformistas: en el ámbito de la política no se ha producido ningún impulso reformista desde el plan Meidner, aplicado en Suecia en 1975, destinado a la creación de fondos de inversión para los trabajadores, que fue abandonado en la práctica en 1983. Por el contrario, la mayoría de las recientes innovaciones han procedido de lo que Kitschelt denomina el «desafío libertario de izquierda»,⁶⁸ localizado al margen del socialismo. En la medida en que en los países del sur de Europa, los socialistas realizaron sus reformas más tarde (en España, Portugal y en Grecia mucho más tarde, en la década de 1980), su impulso sólo se ha estancado recientemente. Los partidos socialistas defienden los logros de las anteriores generaciones reformistas y revolucionarias. En la actualidad, su macrogueto es en cierto sentido el nuevo núcleo del Estado-nación, pero éste se ha visto atacado y socavado por el capitalismo transnacional. ¿Todavía merecen hoy en día los partidos contemporáneos, de derecha o de izquierda, el nombre de «movimientos sociales»? Sus «militantes» son más escasos y menos ideológicos en el sentido tradicional del término, y sus movimientos juveniles pierden importancia, salvo que se hallen vinculados a ellos sentimientos ecologistas o religiosos. El neoliberalismo de la derecha reciente ha sido fuertemente ideológico, pero su método consiste en elevar el cálculo y el pragmatismo a la categoría de teoría total de la sociedad y de la política.

Las diferencias entre las diversas naciones, que los sociólogos políticos actuales consideran importantes, resultan insignificantes cuando se comparan con las del período de entreguerras. La izquierda y la derecha han limado sus anteriores imágenes proletarias y nacionalistas de la sociedad, han conservado sus relaciones específicas con la religión, y han reforzado los generalizados reclamos tecnocráticos interclasistas. He sugerido que el socialismo se estancó fundamentalmente debido a los tres contraataques conservadores: el religioso, el nacionalista y el tecnocrático. Por lo tanto, las comunidades verdaderamente proletarias y deferentes quedaron aisladas, siendo confinadas al ámbito nacional, ¡tal vez esperando a David Lockwood! Únicamente durante la década de 1960 se consideró el centro, entre las zonas de viviendas suburbanas y el consumismo, como «privatizado». Pero mucho antes de dicha fecha ya era esencialmente pragmático y calculador en su conducta política e industrial. El declive de las antiguas industrias y comunidades proletarias tuvo mucho que ver con el declive socialista. Pero también influyeron otras fuerzas macroscópicas: la globalización del capitalismo, su capacidad para desbordar el Estado-nación keynesiano, y la decadencia y el colapso de la Unión Soviética.

⁶⁸ H. Kitschelt, «The Socialist Discourse and Party Strategy in West European Democracies», en C. Lemke y G. Marks, eds., *The Crisis of Socialism in Europe*, Durham, NC, 1992.

Conclusiones

1) La totalidad de las principales imágenes de los trabajadores sobre la sociedad identificadas por Lockwood no eran tradicionales, sino modernas, siendo creadas y recreadas, en parte de forma deliberada, por agentes conscientes a lo largo del siglo xx.

2) Tal y como sugirió Lockwood, las imágenes de los trabajadores se alimentaban en parte de la interacción de las comunidades locales. Sin embargo, siempre se veían profundamente afectadas por la organización y las estrategias de los empresarios y de la clase dominante, que nunca tenían un carácter meramente local.

3) He realizado un seguimiento de la expansión de la pequeña comunidad proletaria hasta la «macrocomunidad», constituida por las zonas de clase obrera de las ciudades y de las localidades industriales, que abarcaban hasta la mitad de los trabajadores, y, en menor medida, a sus familias. Dichas macrocomunidades, en especial su núcleo de empleo masculino, constituyeron el corazón de todos los movimientos socialistas del siglo xx, del mismo modo que su equivalente rural, más comunal y en cierto modo menos machista, constituyó el núcleo del anarcosindicalismo y del espíritu insurgente asociado a éste.

4) Con el fin de explicar esta expansión, así como para explicar los exitosos contraataques lanzados por los movimientos conservadores y autoritarios sobre los trabajadores, debemos analizar los macroprocesos del siglo xx, en especial, los relativos al capitalismo, a la religión y al Estado-nación. Pocas personas de este siglo han escapado a los avatares de la historia mundial. Las imágenes de los trabajadores sobre la sociedad se han visto profundamente modeladas por las expansiones y recesiones económicas, por las estrategias de la clase dominante y por las subsiguientes luchas de clases, por el resurgimiento del militarismo y de la religión organizados, por la consolidación de los Estados-nación, y por las terribles guerras (frías y calientes) entre los Estados y las ideologías.

5) El conservadurismo resurgió, y el socialismo se estancó, fundamentalmente debido a que los conservadores lanzaron con éxito tres movilizaciones, la religiosa, la nacionalista y la tecnocrática, entre todas las clases. Aunque la macrocomunidad proletaria permaneció en cierto modo aislada de dichos reclamos políticos, la otra mitad de la clase trabajadora no resultó inmune, ni tampoco lo fueron las identidades sociales de otros trabajadores o de grupos sociales adyacentes, cuyo apoyo los socialistas necesitaban. Los socialistas se vieron obligados a responder y lo hicieron de forma más bien errática: ineficazmente frente a la religión, variablemente frente al nacionalismo y con algún éxito frente a la tecnocracia. Ayudados por los resultados de la Segunda Guerra Mundial, sus luchas produjeron una contracción del espectro ideológico durante el período posterior a 1945, centrándose en las generalizadas imágenes tecnocráticas de la sociedad.

6) Dichos macroprocesos han influido de forma desigual sobre los países, los sectores, las regiones, las religiones, los géneros y los gru-

pos de edad. Este hecho produjo importantes diferencias internacionales e interregionales en el continente. Entre estos modelos complejos, las diversas religiones y las diferentes relaciones nacional-regionales pueden haber sido más importantes que las relaciones de clase como determinantes de las ideologías en la mayor parte de los países. Y, probablemente, a lo largo de todo este período, la mayoría de los trabajadores (en realidad, la mayoría de las personas) recibía y creaba diversas identidades propias y diversas imágenes de la sociedad.

7) Por tanto, la relación entre los dos principales sentidos del término «clase social» –como posición y como actor– ha sido poco sólida a lo largo del siglo xx. Con el término clase hacemos referencia, en primer lugar, a todos los individuos u hogares con una posición clara en relación con los recursos económicos (los medios de producción, el mercado de trabajo, la estructura profesional, etcétera). En este caso, las clases son útiles para distribuir a la población en función de las jerarquías de los recursos reales. Ahora bien, en segundo lugar, con el término clase también hacemos referencia a un actor colectivo con un impacto discernible sobre la historia: dichas clases son útiles (o no) a la hora de explicar el cambio macrosocial. Mi estudio sobre la clase obrera ha tratado de relacionar ambos aspectos, en la medida en que el actor colectivo ha estado compuesto en su mayor parte por trabajadores con una posición económica dada: dicho claramente, se trataba de obreros manuales. Sin embargo, el actor colectivo real era al mismo tiempo más y menos que esto, ya que sólo se trataba de un subconjunto de este grupo de trabajadores manuales cuyos miembros eran personas que poseían identidades sociales adicionales: predominantemente hombres que se desenvolvían en determinados entornos industriales, comunitarios, religiosos, regionales y nacionales. Dicho actor realmente «impuro», definido a través de identidades múltiples aunque centradas en la clase, ha jugado un papel fundamental en la escena histórica mundial del siglo xx. Aun así, su papel hubiera podido ser mayor si no hubiera poseído una autoimagen «proletaria» purista, supuestamente «objetiva», lo que disuadió a otros trabajadores y a otras personas de adherirse al movimiento.

8) Yo presupongo que las variantes de todas estas tendencias se mantendrán, a medida que las relaciones de poder económicas, ideológicas, militares y políticas continúen desarrollándose de forma entrelazada. En un mundo todavía caracterizado por el capitalismo, actualmente a una escala totalmente global, no encuentro sentido alguno a frases como «la clase ha muerto». No obstante, las clases nunca han tenido una vida plena, pura e independiente. La clase ha sido, en primer lugar, una herramienta heurística con el objetivo limitado de la medición de posiciones y, en segundo lugar, un actor social realmente limitado e impuro, en un continuo estado de desarrollo y de flujo. Ambas funciones probablemente sobrevivirán, aunque debemos adaptar nuestros métodos y nuestras teorías a cada período, con el fin de hacer frente al incesante cambio social, que también engloba a las clases⁶⁹.

⁶⁹ Si yo continuase el presente análisis esencialmente histórico de Europa hasta la época actual, debería, por ejemplo, abandonar mi eurocentrismo y mi perspectiva blanca.